



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº29 – Invierno 2025

EL CONCEPTO DE VÍNCULO EN EL PSICOANÁLISIS OPERATIVO¹ (2012)

Raffaele Fischetti²

1. Introducción

Una importante *controversia en el psicoanálisis contemporáneo se refiere a la cuestión de la intersubjetividad*³. En el trabajo clínico existe un desacuerdo sobre el peso relativo que debe darse al funcionamiento intra o intersubjetivo que opera en el psiquismo. A nivel conceptual, términos como «intrapsíquico», «relación», «intrasubjetivo», «intersubjetivo», «vínculo», «mundo externo» y «mundo interno» se teorizan de manera diferente.

El concepto de vínculo es polisémico. Presupone lo que hay entre dos, ni uno ni otro tomados por separado, lo que une, vincula, seduce, captura. El vínculo entre dos o más nace, vive y muere, se alimenta del intercambio. La palabra implica la relación entre uno y otro, Yo-Tú, va del yo al otro y puede ser imaginaria, virtual, potencial, anticipatoria o retrospectiva. El vínculo puede referirse a la dimensión del conocimiento, pero esencialmente implica la dimensión afectiva, bajo la forma psicológica de la emoción, el sentimiento y la pasión, el amor y el odio, la dependencia, el obstáculo y la de la relación sexual.

¹ En "Io-Tu-Noi, l'intersoggettività duale e grupale in psicoanalisi" A cura di G. Cavicchioli, Franco Angeli Milano, 2013, pp.186-239.

² Raffaele Fischetti es psicólogo. Padova, Italia

³ El término fue introducido en el psicoanálisis por J. Lacan en 1954 en los Seminarios. Hace treinta años, Storolow lo introdujo en el psicoanálisis norteamericano.

En psicoanálisis se habla de vínculo objetal o narcisista, de vínculo identificatorio, libidinal o perverso. La mejor justificación del uso del concepto de vínculo viene dada por la importancia creciente de la contratransferencia en relación con la transferencia.

El «vínculo» no forma parte de las concepciones psicoanalíticas originales, pero es utilizada frecuentemente por la comunidad de clínicos del campo psicoanalítico, no sólo por los del campo grupal y familiar, sino también por los que trabajan con el dispositivo de tratamiento individual.

Por ejemplo, André Green y Bernard Brusset⁴ tienden a considerar el vínculo como una noción que forma parte de la «relación de objeto», esta primera concepción tomada del psicoanálisis individual y de la relación pulsión-objeto, pilar de la metapsicología freudiana. Más recientemente, Brusset ha revisado esta posición.

El concepto de vínculo no era necesario y no entró en los diccionarios de los fundadores de la corriente de pensamiento psicoanalítico, hasta que el concepto comenzó a ser utilizado por la corriente de psicoanalistas que trabajaban con grupos, familias y parejas.

La excepción es ciertamente la corriente americana del interaccionismo que, partiendo de la idea de Rapaport y sobre todo del pensamiento de Sullivan, llegó a su propia idea de intersubjetividad dentro de la sesión individual. En cualquier caso, el uso habitual que hacen hoy los psicoanalistas de grupo y de familia «recae» sobre concepciones del análisis individual, del mismo modo que la sombra del objeto recae sobre el yo.

Existe una cierta dificultad y debilidad en el tratamiento de este tema en el psicoanálisis individual porque siempre se ha temido que situar la intersubjetividad en el centro de la vida psíquica signifique arriesgarse a un desplazamiento del campo del psicoanálisis de la esfera intrapsíquica al interaccionismo conductista. En efecto, el concepto de intersubjetividad corre el riesgo de ser malinterpretado. No debe limitarse a considerarse como la relación que se establece entre dos subjetividades, sino entre el inconsciente de dos sujetos. El concepto de subjetividad no tiene en cuenta lo que la determina, ni lo que la hace surgir (historicidad).

Para profundizar en la evolución de este concepto, hay que ir más allá de la concepción tradicional, individual o individualista del psicoanálisis: la noción de las relaciones de objeto ya no parece ser del todo suficiente. Las relaciones de persona a persona se «observan directamente», pero no se dejan de lado los aspectos que se refieren a la relación de objeto (objeto interno).

⁴ A. Green, *Propedeutica. Metapsicología revisitada*, Borla, Roma, 2000 e B. Brusset, "Métapsychologie des liens et troisième topique", *Revue française de Psychanalyse*, n. 5, 2006.

Pero, sobre todo, si se sigue hablando de «objeto» en el ámbito del grupo y de la familia, es porque se piensa en un «objeto grupal».

En todo caso, intentaré mostrar que la continuidad entre la teoría psicoanalítica de los grupos y el concepto de vínculo sólo puede establecerse a partir de una forma particular de entender la intersubjetividad, la que proviene de la clínica de los grupos y las familias.

Cada uno de nosotros sería el resultado del cuerpo biológico, del lenguaje y, por tanto, de la cultura y sus instituciones, pero también de las pasiones familiares y sociales, políticas y religiosas, incluso de los instrumentos representados por el conocimiento científico. Además de ser el efecto de estos diferentes vínculos que tienen fundamentalmente un carácter anónimo o colectivo, cada uno de nosotros sería el fruto de una elaboración e interiorización en formas personales, de las tramas que producen los mismos vínculos trans-subjetivos.

2. El hecho, la noción y el concepto de vínculo

Según el vocabulario y el sentido común, relación, interacción, vínculo, lazo⁵ sería una correspondencia, una conexión, un acuerdo entre dos personas. El término relación puede entenderse como cualquier forma de vínculo existente entre dos o más personas. Connota una acción o el efecto de referirse o referirse a algo o a alguien.

Este uso en sentido genérico de relación es bastante frecuente en el campo de la psicología y la psicoterapia. Indica lo que Althusser llamaba el «hecho», la experiencia de una determinada situación, un acontecimiento. Pero un enfoque profesional y científico presupone la superación del sentido común. Esto da lugar a una serie de trabajos que comienzan a pensar la relación como una «noción» empírica, es decir, como una hipótesis que, partiendo de la experiencia, puede reordenar un fenómeno observado. Se convierte así en una noción técnica y en una posibilidad de problematizarlo e intervenir en él.

Hay cuestiones que abordar. Al utilizar la noción de vínculo, hay referencias a la biología, la psicología social, la psicología evolutiva, la sistémica, la filosofía, la lingüística y la antropología cultural. La transferencia de nociones y conceptos de un campo a otro debe seguirse cuidadosamente. Las nociones si se utilizan en el campo psicoanalítico deben ser revisadas, no pueden contradecir los conceptos centrales de la disciplina. Esta es una

⁵ En las distintas lenguas, la terminología utilizada no es inequívoca. En español la palabra es Vínculo, utilizada a veces en sentido genérico. En Francia el término correspondiente es Lien, pero a veces se utiliza Liaison; en Italia se alternan Vincolo, Legame e Interazione. El alemán Bindung (Freud) y el inglés Link (Bion) mantienen un sentido genérico. Intersubjetividad se refiere al contexto fenomenológico filosófico. Vínculo, Lien y Vincolo implican en sus respectivas lenguas una dependencia necesaria, una sujeción implícita a normas y reglas, lugares y tiempos, un significado que no está presente en legame, interazione, liaison, bindung, link, intersubjectivity.

cuestión central que hay que aclarar. ¿Se pueden extrapolar nociones de otros campos para explicar el funcionamiento del constreñimiento sin transformarlas de alguna manera para hacerlas compatibles con la conceptualización psicoanalítica?

El hecho de que el vínculo ya no sea un hecho o una noción, sino que se presente como un «concepto» significa que se convierte en un proceso mental a través del cual delimitamos y leemos un campo. Nicolis y Prigogine⁶ lo confirman: «Comprender lo que ocurre a nuestro alrededor nos lleva en realidad a construir modelos y compararlos con nuestras observaciones». A partir de conceptos teóricos, se formulan preguntas y se plantean problemas. En consecuencia, los procesos de producción de conocimiento pasan necesariamente por la transformación de su objeto conceptual. Las transformaciones del concepto hacen visibles nuevos aspectos que antes no lo eran.

Un aspecto central del vínculo como concepto es la relevancia de la posición del observador en el vínculo. Observador del vínculo como tercero y observador dentro del propio vínculo. De ahí la importancia del observador, dónde se sitúa (hacia fuera o hacia dentro) y desde qué contexto puede hablar. La posición descentrada del observador viene determinada por su diferente función en relación con los miembros del vínculo. El modo en que se construye el conocimiento sobre el vínculo (preocupación epistémica) adquiere entonces tanta importancia como la descripción de lo que es un vínculo.

Es importante subrayar que las diferentes teorías sobre el constreñimiento no son sólo producciones discursivas, sino el resultado de una serie de factores articulados. Es decisivo, por ejemplo, reflexionar sobre la relación entre el cuerpo teórico y el diseño técnico que organiza las formas de intervención sobre el vínculo.

O para identificar el lugar de la imperiosa necesidad de legitimación institucional que motiva determinadas investigaciones. Como resultado de los factores mencionados, una teoría delimita sus zonas de visibilidad e invisibilidad, sus enunciados y sus silencios. Lo que una teoría no ve precede a lo que sí ve e ilumina de un determinado campo. En este sentido, las zonas de invisibilidad se refieren a los objetos prohibidos o negados y lo que uno es capaz de teorizar será el compromiso entre lo que es posible pensar y lo que sigue siendo impensable.

Como había señalado Foucault⁷, el psicoanálisis representa un modelo de pensamiento diferente del derivado de las ciencias naturales, en el que un pensador puede simplemente anular el pensamiento de otro. Es un campo discursivo ligado a sus orígenes, a ciertas formulaciones de los iniciadores. Por ello, a menudo se hace imprescindible volver a los

⁶ Nicolis, G. e Prigogine, I., *La Complessità. Esplorazioni nei nuovi campi della scienza*. Einaudi, Torino 1991, p. 47.

⁷ Foucault M., *Che cos'è un autore?*, in *Scritti letterari*, Feltrinelli, Milano, 1984.

textos originales para rastrear los puntos de omisión y distorsión. Para no permanecer determinados por una determinada teoría, debemos volver a ella y reconocer hasta qué punto constituye la base de nuestro pensamiento, incluso cuando la criticamos y nos oponemos a ella. El rechazo *tout court* de un corpus teórico arrastra muchas veces la continuación implícita dentro de ese mismo corpus teórico.

Sería útil aclarar también este aspecto. El sujeto forma parte del vínculo como sujeto escindido o en su totalidad. Para Käes, solo una parte del yo contribuye a la formación del vínculo (sujeto del vínculo). De hecho, afirma claramente: «Acostumbro a distinguir entre una aproximación al vínculo en tanto que afecta a la formación y al funcionamiento del sujeto del inconsciente y una aproximación al vínculo como tal, como realidad psíquica específica»⁸. Para otras teorizaciones, el vínculo establece y constituye al sujeto en su totalidad. *¿Podemos pensar en un modelo de sujeto sin considerar los estrechos vínculos entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo?*

Una pregunta relacionada: ¿es la coacción un intermediario entre el individuo y la sociedad o es constitutiva de la subjetividad? La cuestión del intermediario sigue presentándose como vaga⁹. Por un lado, conduce al reduccionismo a uno de los dos elementos o campos disciplinarios. Por otro, a una simplificación de la cuestión. El vínculo señala una situación previa a la constitución de la individualidad y de la propia sociedad, al menos en la forma descriptiva que estamos acostumbrados a utilizar. En todo caso mantiene una tensión sin resolverla, se presenta como un campo de problemas que está atravesado por múltiples inscripciones, subjetivas, históricas institucionales, políticas, sociales, culturales, etc.¹⁰

En definitiva, un criterio efectivo no se sostiene en la urgencia de legitimar lo ya sabido, sino en la necesidad de abrir preguntas, interrogaciones a enunciados y prácticas que permitan pensar el concepto de vínculo de otra manera.

Hay un último aspecto que quiero destacar. En la literatura, se habla del concepto de vínculo desde dos contextos: el de la cura, es decir, desde la sesión individual o colectiva, y el de la constitución de la organización psíquica del sujeto y sus desarrollos en la vida cotidiana.

Mantener clara esta discriminación y las posibles conexiones favorece la posibilidad de comunicación e intercambio.

⁸ Käes R., "Il concetto di legame", en *Ricerca psicoanalitica*, 2001, XII, 2, p. 161.

⁹ Ver artículo de R. Käes: "La categoría de intermediario y la articulación psico-social", *Revista de Psicología e Psicoterapia de Grupo*, tomo VII, n.1, 1984.

¹⁰ Véase el apartado 19 sobre «Vínculo y contexto institucional y social».

3. La interacción como noción técnica en el contexto de la sesión individual

La sustitución de la noción de pulsión por la de relación de objeto ha arrastrado a otra, la de interrelación, o vínculo, en lugar del aparato psíquico de Freud. Pulsión, relación de objeto e intersubjetividad corresponden a niveles diferentes. Centrarse en uno tiende a limitar el lugar de los otros.

La definición freudiana de la pulsión está vinculada al positivismo, implica la noción de aparato psíquico y encuentra sus límites en la cuestión de las funciones del objeto externo. En Estados Unidos, la impugnación del reduccionismo freudiano toma la forma de la valorización de las relaciones humanas. A la descarga de energía pulsional se oponen el humanismo de la persona (Gill), el sujeto en un nuevo lenguaje y actitud en el psicoanálisis (Schafer) o la intersubjetividad (Renik) o el contextualismo intersubjetivo (Storolow, Atwood y Brandshaft).

La fuerza de esta impugnación no se basa tanto en la crítica del biologismo de Freud como en la referencia a las herramientas (procedimientos) indispensables para el psicoanálisis como modalidad terapéutica. Ya Rapaport en los años 40 había identificado «el método de las relaciones interpersonales» como el instrumento específico del psicoanálisis. Merton Gill considera la interacción no como una contaminación del setting, sino como intrínseca al procedimiento terapéutico.

Afirma: «Con el desarrollo del punto de vista constructivista¹¹ el concepto de la relación sujeto-objeto ha cambiado. Mientras que antes los dos términos se consideraban en una relación dicotómica, ahora se considera que cada uno da forma al otro. Sin embargo, también hay un sentido en el que cada término conserva su independencia»¹². El constructivismo¹³ considera que el sujeto y el objeto se dan forma mutuamente (Mitchell,1993) y que los factores internos y externos son una función unos de otro.

Gill aclara: «Una base importante de la disputa entre intrapsíquicos e interpersonales es que los primeros creen que los segundos sólo se interesan por las relaciones interpersonales en

¹¹ No debemos confundir el constructivismo radical, en el que se cuestiona la existencia de cualquier realidad externa, lo que conduce al idealismo habitual, con el constructivismo que supone que lo que entendemos de la realidad no es la realidad como tal, sino la construcción que creamos de ella. Pero esta construcción debe estar sujeta a las limitaciones de la realidad. Merton Gill reitera este segundo significado.

¹² Gill M., *Psicoanalisi in transizione*, R. Cortina, Milano, 1996, p. 16.

¹³ El constructivismo es la última evolución de la Terapia Sistémica que ha abandonado el modelo cibernético. Sitúa al observador en el centro del funcionamiento del sistema y pretende construir una relación terapeuta-familia que favorezca el cambio. El terapeuta construye lo que sucede modificando el conocimiento de la familia a medida que esta interactúa con él. Los posibles cambios surgen de la co-construcción. Existe una desconfianza total hacia cualquier modelo teórico.

el sentido manifiesto en que estas relaciones se ven desde fuera»¹⁴. Mientras que algunas teorías pueden merecer esta acusación, otras conciben las relaciones interpersonales en el sentido de cómo se experimentan las relaciones interpersonales en la realidad psíquica. «En el constructivismo, lo interno desempeña un papel en la configuración de lo externo, y lo externo desempeña un papel en la configuración de lo interno»¹⁵.

Estos enfoques tienen en común la idea de que la mente humana es interactiva (no existe una mente aislada) y no monádica, que los procesos psicoanalíticos deben entenderse en el contexto de una relación entre sujetos, más que dentro del individuo.

Storolow, Atwood y Brandshaft contemplan un contextualismo intersubjetivo continuo, en el que «se busca comprender los fenómenos psicológicos no como productos de mecanismos intrapsíquicos aislados, sino como elementos que forman la interfaz de mundos de experiencia en interacción intercambiable»¹⁶. También se critica a Stern y Bowlby por interesarse en cómo el niño integra la experiencia vivida, de algún modo más allá de la relación intersubjetiva.

La perspectiva intersubjetiva rechaza el concepto de pulsión como fuente motivacional primaria y el de defensas como función de la misma. Las defensas están relacionadas con determinados tipos de relaciones, especialmente en situaciones de déficit en las funciones parentales. La unidad básica de observación no es el individuo como unidad separada, sino un campo de interacción donde se origina¹⁷. El deseo se siente en el contexto de la relación y es este contexto (es decir, la presencia del otro) el que define su significado. La mente se compone de configuraciones relacionales. La experiencia y el conflicto se consideran estructurados a través de interacciones. El foco de observación es el campo psicológico constituido por la interacción entre las subjetividades organizadas de forma diferente del niño y sus cuidadores. Desde esta perspectiva, el inconsciente se compone de estados afectivos que han sido evocados y a los que se ha respondido de forma defectuosa en el sistema niño-padre y que, posteriormente, se mantienen bajo control de forma defensiva en un intento de protección contra la re-traumatización. Estas teorías, trasladadas a la sesión, enfatizan el impacto del analista-observador como intrínseco al campo de observación del paciente. Así pues, la contribución del analista a la transferencia, definida como «la manera en que el paciente organiza su experiencia de la relación analítica», pasa a ocupar un lugar central.

¹⁴ Ibidem p. 27.

¹⁵ Ibidem p. 27.

¹⁶ Storolow, Atwood y Brandshaft, *La prospettiva intersoggettiva*, Borla, Roma, 1994

¹⁷ Para M. Gill, Storolow, Atwood y Brandshaft hablan de intersubjetividad, pero no son explícitos sobre el papel de los factores internos innatos (Gill M., op. cit., p. 28).

Se hace hincapié en el poder mutativo de las nuevas experiencias relacionales con el terapeuta. A través de la empatía y la introspección, se investigan los principios que organizan la experiencia del paciente y los principios que organizan la experiencia del terapeuta, así como el campo psicológico formado por la interacción entre ambos. Una teoría en la que el sujeto individual ya no reina de forma absoluta debe enfrentarse a la dificultad que tiene cada sujeto para reconocer al otro como centro equivalente de experiencia. Pero una vez que reconocemos que los objetos contribuyen de forma importante a la vida del sujeto, ¿cómo evaluamos realmente la contribución del otro? Jessica Benjamin¹⁸ ha intentado abordar esta cuestión en sus escritos.

El oponente más señalado de la teoría interaccional ha sido el psicoanalista francés André Green (1993)¹⁹, quien señala que lo que se cuestiona no es la interacción, sino cómo se trabaja sobre ella y con qué resultados. No se puede oponer lo intrapsíquico a lo intersíquico. Existe una peligrosa tendencia del psicoanálisis a avanzar hacia una teoría interpersonal en la que desaparece toda referencia a los niveles psíquicos profundos.

Green dice: «En la sesión psicoanalítica no hay lugar para acciones, ni por parte del analizado ni por parte del analista, sino para representaciones que deben entenderse en un sentido mucho más amplio que el tradicional, y que se extienden desde las sensaciones corporales hasta los pensamientos» ...

El progreso teórico puede resultar de la combinación de dos puntos de vista inseparables, el intrapsíquico y el intersubjetivo, es decir, lo que ocurre dentro de una misma mente y lo que ocurre entre dos sujetos»²⁰.

Pichon-Rivière (1956) había representado la cuestión de esta manera:

«El terapeuta actúa sobre el paciente y el paciente actúa sobre el terapeuta. Después de estar una hora juntos, ambos sufrirán modificaciones que serán diferentes cuantitativa y cualitativamente. Un análisis detenido de lo que sucede en el campo nos permite llegar a la conclusión de que el observador es siempre y a la vez actuante y operante. Pero sólo es operante conscientemente en el psicoanálisis, cuyo propósito o tarea principal es operar por medio de la interpretación para ir modificando el campo. Aun sin interpretación el sujeto actúa y opera. Cualquier movimiento, cualquier actitud del analista actúa sobre el

¹⁸ Ver di Jessica Benjamin, *Legami d'amore*, Rosenberg & Sellier, Torino, 2001.

¹⁹ Green A., Two discussions of "The inner experiences of the analyst and a response from Theodore Jacobs" in *Int. Journal Psycho-anal.*, 74, 1993.

²⁰ Ibidem p. 1135.

inconsciente del paciente y provoca modificaciones en el campo, las que actúan a su vez sobre ellos mismos.»²¹

La centralidad de la interacción y el apego, de manera ejemplar en las primeras relaciones madre-hijo (Spitz, Bowlby), borran la idea de pulsión²². La tradición humanista y la tradición formalista de las teorías interaccionistas se unen para promover un psicoanálisis sin sexualidad y sin pulsión. Pero la pulsión, además de la referencia a lo somático, al problema mente-cuerpo, evoca el potencial subversivo y transgresor de la sexualidad y la violencia y no sólo el punto más frágil de la organización psíquica.

La intersubjetividad resulta ser una noción descriptiva, implica reciprocidad entre los dos sujetos, está constituida por una co-actividad psíquica diferente de la propia. Inspirada en la fenomenología existencial, se sitúa en la experiencia consciente y preconsciente, cuya lógica es la negación de la pulsión inconsciente, de la conflictualidad intrapsíquica y, a fortiori, de la transferencia. En efecto, todo ello acaba por subvertir la relación intersubjetiva, que sigue siendo fundamentalmente inconsciente y, en cambio, pone en tela de juicio las posibles ilusiones de comprensión psicológica, reencuentro, escisión afectiva, empatía y simpatía

4. La intersubjetividad en la filosofía del siglo XX

La noción de intersubjetividad se originó en el campo de la filosofía, donde varios autores exploraron aspectos de la misma y abrieron nuevas posibilidades de investigación.

Hay al menos dos precursores de la intersubjetividad en la filosofía del siglo XX: Baruch Spinoza, de la *Ética*, y Hegel, de la *Fenomenología del Espíritu*.

Spinoza, en la segunda parte de la *Ética*, esboza el discurso de cómo el alma humana forma ideas y puede conocer, a través de la mediación de su cuerpo. Pero señala que las ideas sobre los cuerpos externos comienzan como indicaciones de la constitución y forma del propio cuerpo. No hay preponderancia entre lo externo y lo interno, siempre se trata de encuentros en los que «la mente humana percibe la naturaleza de muchos cuerpos junto con la naturaleza de su propio cuerpo»²³.

²¹ Pichon-Rivière E., *Teoría del Vínculo*, Nueva Visión, Buenos Aires, p. 81-82

²² Aunque tanto Spitz como Bowlby consideran que la teoría del apego madre-hijo es “un impulso secundario” (Bowlby 1969). Spitz afirma que la pérdida del objeto amado es perjudicial porque interrumpe la descarga de las pulsiones libidinales y agresivas (Spitz, 1960, p. 90).

²³ Spinoza B., *Ética*, Ed. Tea, Milano, 1991, p. 150.

El nivel cognitivo de la imagen corporal externa, a través de la percepción que resulta de los indicios o huellas en el cuerpo, presupone una realidad corporal propia y al menos una apariencia de presencia y existencia de objetos externos, una virtualidad de los cuerpos encontrados. «La mente humana podrá, no obstante, contemplar, como si estuvieran presentes, los cuerpos externos por los que el cuerpo humano fue afectado alguna vez, aunque no existan, ni estén presentes²⁴. Un signo puede tener varios sentidos, pero siempre es un efecto, es decir, es ante todo una huella de un cuerpo sobre otro, el estado de un cuerpo al sufrir la acción de otro cuerpo.

Para Spinoza, el afecto no puede tomarse simplemente como el estado de un cuerpo afectado (*Affectio*), tocado por otro, sino como una verdadera relación elemental, constitutiva de las variaciones continuas y correlacionadas de dos o más cuerpos influidos-influenciados (*affectus*).

La deconstrucción de la idea tradicional del sentimiento como algo estático y la inauguración de la dimensión relacional en la constitución del afecto produce el inédito y maravilloso análisis que Spinoza hace de los afectos.

La conciencia es «inconsciente» con respecto a la mayoría de las determinaciones de sus actos cognitivos y afectivos. Esta inconsciencia está ligada a la negación del sentido del cuerpo, de las pasiones y de la imaginación. La restitución significativa del cuerpo de la histérica por Freud encuentra un antecedente significativo en Spinoza.

La «Fenomenología del Espíritu» de Hegel es una narración de las penurias, las vicisitudes de la conciencia en su camino de emancipación y elevación a la autoconciencia.

Leamos el comienzo de la sección de la «Fenomenología del Espíritu» sobre la independencia y dependencia de la conciencia: «La autoconciencia es en sí y para sí en cuanto y porque es en sí y para sí para otro; es decir, sólo es como algo reconocido.» La satisfacción del deseo mediante el consumo de objetos es infructuosa para la constitución de la autoconciencia porque la necesidad surge siempre de nuevo y el objeto consumido, eliminado, remite a otros objetos que deben ser eliminados de nuevo en un aplazamiento sin fin en el que la conciencia se aliena. La satisfacción que proporciona la relación con los objetos no permite a la autoconciencia posicionarse como tal. La autoconciencia busca entonces otro camino, ya no se dirige a los objetos, sino a otra autoconciencia. En el reconocimiento mutuo de las conciencias se denuncia la insuficiencia del sujeto racionalista moderno. Situar el reconocimiento del otro en las raíces mismas del sujeto significa derribar

²⁴ Ibidem p.153.

la posición que ve al sujeto ya constituido, presentándose al mundo y a los otros sujetos como realidades, ellas mismas ya dadas... un antecedente significativo en Spinoza.

La alteridad y el reconocimiento se encuentran en el nivel más originario, ya que la autoconciencia desde el principio se sitúa en un movimiento por el que trasciende su aparente singularidad. El deseo que genera la autoconciencia está en última instancia en función del deseo de reconocimiento del otro.

La primera relación entre las autoconciencias es una forma de desigualdad en la que «un extremo es sólo aquello que se reconoce, mientras que el otro es sólo aquello que reconoce». Hegel identifica el conflicto como el modo original de la relación entre dos conciencias e introduce la famosa figura de la dialéctica siervo-amor.

En la relación siervo-amor, los dos términos se polarizan: por un lado, el ser-para-sí, el riesgo por la vida, el alejamiento de las cosas, la independencia; por otro lado, el ser-para-otro, la inclinación a la vida, la relación con los objetos, la dependencia.

El hecho de que el camino hacia el reconocimiento tenga lugar en una dialéctica dependencia-independencia de la conciencia tiene un significado antropológico. La escisión de la conciencia es también su incapacidad para reducirse a cualquiera de los dos términos (dependencia-independencia), su estar originalmente clavada en la carencia y, en última instancia, la necesidad de enfrentarse a la lucha por encontrar en el otro la realización de su propio estado. El siervo y el amor no existen por sí mismos, sino que cada uno «se sostiene» sólo si existe el otro. Sabemos que todos los autores que han explorado el tema cuentan con la formulación hegeliana.

A principios del siglo XX, Martin Buber retomó la problemática de la relación y profundizó en algunos de sus aspectos fundamentales. En su obra fundamental «Yo y Tú» (1923), Buber aclara que el hombre puede enfrentarse al mundo con dos modos distintos e irreductibles: el modo Yo-Ello (el mundo de la experiencia) y el modo Yo-Tú (el mundo de la relación). El experimentador (Erfahrung) no participa en el mundo, puesto que la experiencia está en él, y no entre él y el mundo, la experiencia implica una relación impersonal e instrumental con la alteridad. Cuando decimos «ello», lo que hacemos es objetivar al otro para experimentarlo y utilizarlo. Por el contrario, la relación (Beziehung), es decir, la relación Yo-Tú, habla de una relación a través de la cual el yo se abre verdaderamente al otro y a sus profundidades.

Cuando decimos «Tú», iniciamos una relación recíproca. En ella, el otro se presenta como un todo, la relación es inmediata y se comparte el espacio con el otro. Es un encuentro (Begegnung) que implica completamente a los dos sujetos. Buber precisa que no hay que pensar que el Yo precede al Tú, sino que el dato primario es la relación Yo-Tú. Es decir, el ser

humano no es un ente originariamente autosuficiente destinado a entrar en contacto con la alteridad sólo más tarde, ya que está incluido desde el principio en el misterio-acontecimiento de la relación. El Yo es un posterius porque sólo está hecho en el Tú. El Tú plantea y constituye al Yo como el Yo plantea y constituye al Tú. La realidad es una relación viva entre (zwischen) los dos términos Yo-Tú. Buber concluye que, como muestra la experiencia de los primitivos y los niños, en un principio nos relacionamos con el mundo según la estructura Yo-Tú y solo más tarde llega a la filosofía dialógica²⁵. La filosofía de Buber logra captar adecuadamente la estructura relacional de la existencia que representa una de las propuestas más innovadoras del pensamiento de su tiempo.

Con Husserl, Heidegger, Binswanger, la fenomenología existencial valoriza la experiencia vivida, el ser-con, la conciencia de la experiencia vivida de la intersubjetividad. El objeto es desde el principio el otro, otro como otro sujeto, a partir de la relación hegeliana entre autoconciencia y reconocimiento ilustrada en la dialéctica siervo-amor. El último Husserl, sobre todo el de las «Meditaciones cartesianas» (1931) con el fin de describir el fenómeno (Phanomen), como lo que se manifiesta en sí mismo, el cómo de la reunión de algo que sólo puede manifestarse a alguien, introduce el problema del horizonte de alteridad o intersubjetividad. Si la esencia del fenómeno es el ser para la conciencia, la conciencia consecuente con esta esencia es la relación intersubjetiva como plexo intermonádico o espacio comunitario donde pueden confluir las tensiones monádicas parciales hacia la objetividad.

La objetividad no hay que buscarla en un pretendido ser a sí o en sí (realismo) ni en la producción solitaria de un sujeto (idealismo), sino en la posibilidad de la convergencia y unificación de varias operaciones (cognitivas, estéticas, valorativas, etc.) asociadas en una comunidad (intersubjetividad) en un punto determinado.

La tradición cultural judía de una filosofía relacional es profundizada por Emmanuel Lévinas. Retomando la distinción de Heidegger, Lévinas distingue en primer lugar entre el ser como sustantivo, como presencia estática, y el ser como verbo, como acontecer dinámico, y a continuación entre la existencia (existence) y el existente (existant). Por existencia entiende el acto de existir tomado aparte del existente concreto, considerado en sus aspectos de plenitud indeterminada e impersonal (el puro hecho de existir) que recuerda la pegajosidad nauseabunda del en-sí de Sartre. Utiliza el término característico «il y a» para describirlo. Los tonos emocionales que revelan el “il y a” son el insomnio, la laxitud, la pereza, la fatiga.

Por otra parte, el existente colima con la coagulación de la existencia en un yo capaz de disponer de su propio ser. La existencia encuentra su sentido con el otro y frente al otro, es decir, en el horizonte temporal de una relación interhumana que, en lugar del «diálogo

²⁵ “Il principio dialogico” (Ed. Comunità) es el título que tiene en italiano la recopilación de alguna de sus obras, entre ellas “Io e Tu”.

silencioso del alma consigo misma», contempla la experiencia de la alteridad, de los otros. La auténtica temporalización del tiempo, es decir, la apertura hacia un pasado y un futuro verdaderamente distintos del presente, sólo se produce a través del encuentro con el Otro.

En «Totalidad e infinito» (1960) define plenamente su pensamiento. Introduce una tensa polémica contra una tradición filosófica acusada de «imperialismo de lo mismo», es decir, del intento de enjaular lo múltiple y lo diferente dentro de una totalidad unitaria que ahoga toda alteridad y trascendencia, la reducción del otro a lo mismo. Se trata de romper con la totalidad y el pensamiento de lo idéntico.

Más bien, lo existente coincide con la coagulación de la existencia en un yo capaz de disponer de su propio ser. El existir encuentra su sentido con el otro y frente al otro, es decir, en el horizonte temporal de una relación interpersonal que, en lugar del «diálogo silencioso del alma consigo misma», implica la experiencia de la alteridad, de los otros. La auténtica temporalidad del tiempo, es decir, la apertura hacia un pasado y un futuro verdaderamente otros que el presente, sólo se produce a través del encuentro con el Otro.

En “Totalidad e infinito” (1960) define plenamente su pensamiento. Introduce una polémica acalorada contra una tradición filosófica acusado de “imperialismo de lo mismo”, es decir, de intentar enjaular lo múltiple y lo diferente dentro de una totalidad unitaria que sofoca toda alteridad y trascendencia, la reducción de lo otro a lo mismo. Se trata de romper con la totalidad y con el pensamiento de lo idéntico.

Pero ¿cómo puede una misma persona entrar en relación con otra sin privarla de su alteridad?

Para Lévinas no se trata de una operación de pensamiento, sino de una experiencia existencial que se realiza en el encuentro concreto con el otro. “El otro en tanto otro es Otro, implica una ruptura en la exterioridad y se configura como novedad absoluta irreductible a lo mismo”. La manifestación concreta de la alteridad del otro es llamada rostro por Lévinas: «Llamamos rostro al modo como el otro se presenta, que supera la idea del otro en mí»²⁶. La característica fundamental del rostro es su autosignificación, porque no es un signo que remite a otra cosa, sino una presencia viva que se autopresenta y se autoimpone “en sí”²⁷. Y añade que los demás no nos llegan sólo por el contexto, sino que tienen significado en sí mismos. El rostro parece absolutamente trascendente. La otra es tal que pone en tela de juicio nuestro propio poder sobre el mundo. El ser se produce como múltiple y escindido en

²⁶ Levinas E., *Totalità e infinito*, Jaka Book, Milano, 1980, p. 48.

²⁷ Ibidem p. 73.

lo Mismo y lo Otro. Esta es su estructura última. Es sociedad y, por lo tanto, tiempo. Así emergemos del ser parmenídeo²⁸.

Maurice Merleau-Ponty en *La estructura de la conducta* (1942) distingue formas de comportamiento que difieren en el grado de independencia del mundo circundante, pero no en su esencia. En un continuo que en realidad sólo se puede descomponer artificialmente, identifica tres tipos de formas de comportamiento. Formas sincréticas, donde el comportamiento se limita al marco de sus condiciones naturales “y no considera nuevas situaciones excepto como alusiones a las situaciones vitales que le son prescritas”. Las formas removibles se refieren a estructuras relacionales que muestran reacciones al espacio y al tiempo, aparecen señales que no están simplemente determinadas por mecanismos predeterminados. Y las formas simbólicas se caracterizan por la capacidad de distinguir el yo del entorno y de captar ambos como invariantes. Así, la especificidad del comportamiento humano como forma simbólica no reside en ser simplemente “un constructor de mundos”, sino en la capacidad de suspender la propia interconexión vital con el mundo, es decir, de llevar a un nivel ulterior esa negatividad (juego de presencia-absencia) que, sin embargo, ya existe dentro del orden vital.

Para Merleau-Ponty, el hombre es inmediatamente situado por su experiencia en un mundo de cosas y el sentido de esta experiencia consiste en orientarse entre estas cosas y tomar posición. La descripción de la percepción nos devuelve al mismo objeto. Todos los problemas filosóficos se basan en el examen de la percepción.

La percepción²⁹ no es un acto cognitivo neutral, sino que indica la posición de un sujeto en el sistema de relaciones intersubjetivas encarnadas y como tal es lo que plantea las preguntas más incómodas al sujeto: la percepción es el deseo de auto-reconocimiento a través del papel de la alteridad.

La visión puede tener lugar porque destaca sobre un fondo de visibilidad. El sujeto sólo ve porque siempre ha sido visto, la actividad de ver lleva consigo una pasividad secreta que muestra cómo cada acto de visión, en lugar de partir del sujeto, vuelve a él por la vía de la pulsión escópica. El acto de la visión, lejos de establecer la primacía del yo, pone de manifiesto una desposesión original del sujeto, en la que la alteridad funciona como condición de posibilidad para la institución misma de una identidad. Puedes sentirte observado incluso antes de que haya un ojo observándote. La cuestión es que esta desposesión producida por la mirada ajena sobre el yo no simplemente sucede, sino que produce una transformación del yo mismo.

²⁸ Ibidem p. 277.

²⁹ Ver *Fenomenologia della percezione* (1945), *Il visibile e l'invisibile* (1959), *L'occhio e lo spirito* (1960).

Surge así el escenario de una relacionalidad primaria, según la cual el sujeto individual ha estado siempre incluido en una red de relaciones carnales, de modo que más que de intersubjetividad debemos hablar de intercorporeidad. Esta intercorporeidad anónima y muda, diría Bleger, parece constituir una apertura a la alteridad que tiene lugar independientemente de la voluntad subjetiva. Lévinas entiende esta apertura primaria al otro en términos de una condición “normal”, de modo que la ausencia de tal apertura se convierte en una negación vital, ética, y no en una negación lógica, en la ausencia de lo que debería estar ahí. La ausencia del otro se convierte así en un “modo propio” de su presencia. Lévinas utiliza una serie de metáforas enlazadas en torno a un concepto de alteridad que es “relación sin relación”, “opacidad”, “infinito”. El otro se presenta como exceso, como aquello que el conocimiento regulado por el yo no puede contener³⁰.

Situar la comunicación intercorpórea como condición preliminar para la constitución de la subjetividad, no debe hacernos olvidar que las relaciones entre sujetos nunca son simétricas, sino que siempre contienen un factor de desequilibrio.

Como he resumido en estas páginas, la filosofía del siglo XX ha tratado y explorado el concepto de interacción mucho antes de que el psicoanálisis y la psicología lo convirtieran en una de las nociones clave, pero en las obras de estos autores los temas de la relación intersubjetiva³¹ todavía aparecen como indefinidos, abstractos, no muestran la concreción, la subjetivación, la historicidad que podemos encontrar en la clínica. En cualquier caso, algunas de las teorías más avanzadas aún necesitan ser verificadas clínicamente y reorganizadas en una conceptualización.

5. El concepto de vínculo a partir de prácticas grupales, familiares y de pareja

A partir del campo inaugurado por el psicoanálisis, se intentan nuevas lecturas de campos cercanos como la antropología, el arte, la historia, la cultura, la religión, la educación, la psiquiatría. Se trata de las llamadas aplicaciones del psicoanálisis que inmediatamente

³⁰ La incapacidad de pensar ciertas formas de trastorno relacional como “otro orden” enmascara una protección hacia lo que este cambio de perspectiva abre. Algo desagradable para la imagen que uno tiene de sujeto ético. Bleger plantea el mismo problema cuando describe la personalidad ambigua, no como una organización patológica en contraste con el yo maduro, sino como una tipología, un tipo de organización de la personalidad y de la realidad.

³¹ En esta reseña fragmentada, no podemos obviar el enfoque intersubjetivo de la teoría de la mente de Jürgen Habermas, quien escribe: «Me refiero a la idea de una subjetividad que debe imaginarse invertida como un guante para reconocer la estructura de su tejido, tejido con hilos de intersubjetividad. En el interior de cada sujeto se refleja algo externo. De hecho, la mente subjetiva recibe estructura y contenido de su conexión con la mente objetiva de las relaciones intersubjetivas entre sujetos que, por naturaleza, están socializados» (Habermas J., *La condición intersubjetiva*, Laterza, Bari, 2007, p. 7).

fueron objeto de fuertes críticas y que, salvo casos esporádicos, han ido desapareciendo debido a su escasa eficacia y resonancia. La expansión del campo de la práctica psicoanalítica a través del trabajo con niños, psicóticos, pacientes limítrofes, grupos, parejas, familias e instituciones ha tenido una historia diferente.

El propio Freud, en sus reflexiones sobre el tratamiento de Dora y el pequeño Hans, a través de la familia, se cuestiona la influencia decisiva del contexto familiar en la génesis de los trastornos mentales y el papel que éste desempeña en el individuo. Los estudios contemporáneos sobre las modalidades de los efectos de la transmisión de la vida psíquica entre generaciones han puesto de relieve las correlaciones de los vínculos intersubjetivos en la clínica. A una patología específica corresponde la necesidad de crear nuevos objetos clínicos, nuevos dispositivos apropiados para el análisis y el tratamiento de trastornos específicos de las limitaciones. Nace el psicoanálisis grupal, de pareja y familiar. La expansión del campo psicoanalítico no sólo ha introducido algunos cambios en la práctica y la técnica, sino que también ha permitido el desarrollo de producciones teóricas que han modificado algunos aspectos de la comprensión del análisis individual. La noción de vínculo ocupa un lugar central en esta transformación del campo psicoanalítico.

La idea de bidireccionalidad en el vínculo es el eje de una manera de pensar la intersubjetividad, como “lo que hay entre sujetos” que se entrelazan a través de intercambios conscientes e inconscientes. Esta idea abre un nuevo campo para el psicoanálisis al incluir las limitaciones como tales (grupo, pareja y familia) como objeto de una teoría y una técnica psicoanalítica.

Es cada vez más frecuente que los analistas que trabajan con el dispositivo individual se encuentren con pacientes que, si bien han obtenido buenos resultados, no consiguen transformar algunas dificultades limitantes como problemas de pareja, trastornos familiares o síntomas vinculados a la pertenencia institucional o social. Se trata de problemas relacionados con las relaciones con los demás o con el contexto. Intencionalmente hablo de otros y no de objetos. Son situaciones que encuentran su sentido y sus límites sólo en el contexto que les da un nuevo sentido. El contexto intrapsíquico ofrece un sentido de significado diferente al del contexto del vínculo de pareja, familiar o grupal. En la sesión individual el lugar del otro lo ocupa el terapeuta, el único vínculo presente es el que existe entre paciente y analista, en las sesiones familiares o grupales los vínculos son presentes y múltiples. Contar historias, conexiones y escenas es diferente a mostrarlas y representarlas. Además, una perspectiva grupal y familiar nos permite trabajar psicoanalíticamente los problemas que surgen en el trabajo institucional.

La cuestión subyacente es la importancia que se le da al vínculo y cómo se teoriza; La discusión gira en torno a cómo pensamos la relación de nuestros pacientes con el contexto intersubjetivo y la forma en que transferimos nuestra concepción a la clínica. Negar su importancia es caer en el mito de la mente aislada. Por ejemplo, ¿las formas específicas en que se desarrolla la transferencia son exclusivamente la expresión de una tendencia hacia la repetición previa en la psique del paciente o también están influenciadas por la conducta del terapeuta?

Hay psicoanalistas que tienden a trazar una línea entre la noción de vínculo utilizada en el psicoanálisis grupal y familiar y la noción de relación objetal en el psicoanálisis individual. Otros, de alguna manera, establecen una continuidad entre ambas nociones al buscar en Freud y en autores posteriores una genealogía de la noción de vínculo. Una posición aparte la ocupa Renè Käs, que intenta situar teóricamente al sujeto del inconsciente junto al sujeto del vínculo.

Käs presenta al sujeto como dividido entre una parte que entra en contacto con otras subjetividades para formar un espacio común, el “aparato psíquico grupal”, y una parte de su propio narcisismo que “cada uno guarda para sí”. He aquí su afirmación: «No uno sin el otro y sin el todo que los constituye y los contiene; uno sin el otro, sino en el todo que los une. Esta afirmación sostiene que no podemos sino estar dentro de la intersubjetividad»³². Pero también significa, concluye, que el sujeto se manifiesta dentro de la relación con el otro, pero no existe en la relación con el otro.

Pero por supuesto no podemos olvidar que la introducción en el psicoanálisis de los nuevos objetos “grupo”, “pareja” y “familia” plantea una serie de preguntas sobre la institución del psicoanálisis, sobre el sujeto psicoanalítico, su formación y sus herramientas de trabajo³³.

6. Revisión de algunos conceptos psicoanalíticos

Siempre que una supuesta novedad irrumpe en el psicoanálisis suele provocar dos reacciones que, aunque parezcan opuestas, tienen el mismo efecto. El primero considera que la novedad ha iluminado el campo de tal manera que todo lo ocurrido hasta ahora carece de importancia. La segunda reacción consiste en vaciar de antemano la novedad de sus cualidades, pensando generalmente que esa idea ya había sido dicha en... por... seguido de

³² Käs R., “Per una terza topica dell’intersoggettività e dell’individuo all’interno dello spazio psichico comune e condiviso”, en *Funzione gamma*, n. 21, 2008, www.funzionegamma.edu/italiano, p. 6.

³³ Ver Bauleo A., *Psicoanalisi e Gruppalità*, Borla, Roma, 2000.

nombres importantes (Freud, Klein, Winnicott, Bion, Lacan, etc.). Ambas reacciones hablan de algo verdadero cuando se trata de una auténtica novedad, un acontecimiento en la teoría psicoanalítica. Es cierto que habrá que revisar el pasado a la luz de lo nuevo, como es igualmente cierto que en las teorías anteriores siempre se pueden encontrar antecedentes de la novedad. Una nueva teoría siempre encuentra sus antecedentes en el pensamiento previo. Pero debemos saber que los destellos cegadores, como los rechazos anticipados, sirven para cancelar los aspectos “destructivos” y transformadores de toda innovación.

También debemos recordar que la teoría psicoanalítica no es independiente de la evolución general de las ideas en la cultura. La noción de relación en el siglo XX se ha vuelto central en muchos campos, desde la biología de los ecosistemas hasta la pragmática lingüística, la teoría de la comunicación, la teoría del desarrollo y la función cerebral misma hasta el estructuralismo y la física cuántica.

El destino de la teoría de Freud, como el de toda teoría, es ser cuestionada y luego superada.

La teoría freudiana ha sufrido los efectos combinados de dos fuentes de cambio. Por un lado, la vieja teoría se muestra incapaz de explicar ciertos hechos que no conocía o que no tuvo oportunidad de conocer, que sólo vislumbró (zona de invisibilidad). La nueva teoría se construye sobre estos hechos ignorados.

Por otra parte, a veces la vieja teoría no ha sido comprendida en su totalidad, es demasiado difícil de pensar o es demasiado ambigua como para no prestarse a serios malentendidos.

El punto de partida de las teorías en psicoanálisis siempre ha sido la teoría de la práctica. Su extensión y diversificación ha dado lugar a diferentes opiniones dentro de las teorizaciones. Están iluminados por la historia clínica: el material clínico privilegiado. En los últimos años los “estados límite” se han convertido en la gran referencia. El denominador común del funcionamiento límite es la inestabilidad de la relación con el otro, entre la ansiedad de la intrusión y la del abandono. En otras palabras, la distancia óptima se vuelve inalcanzable. Esto conduce a nuevas concepciones de las relaciones objetales y correlativamente del yo, del arcaico kleiniano, de los trastornos narcisistas, del sentimiento de identidad, de momentos de indiferenciación sujeto-objeto, de despersonalización o desorganización. Estos casos han puesto en primer plano el problema del límite entre lo interno y lo externo, la cesura entre adentro y afuera y la fragilidad de la diferenciación de los espacios y de la piel psíquica.

La noción de vínculo nos obliga a abordar (por favor, no eliminar) dos conceptos claves de la teoría psicoanalítica clásica: la noción de pulsión y la noción de relación objetal. En el fondo se plantea el problema de los nuevos objetos de la clínica psicoanalítica (pareja, familia, grupos, instituciones) y la superación de la noción de aplicaciones del psicoanálisis.

Como hemos visto, el psicoanálisis aplicado se ocupó del uso de los descubrimientos psicoanalíticos en otros sectores o disciplinas. Pero en el trabajo psicoanalítico aplicado el analista se encuentra fuera del contexto que ha de ser observado. Bleger acuñó el concepto de Psicoanálisis Operativo, donde el conocimiento psicoanalítico es utilizado en situaciones grupales, institucionales y comunitarias y tiene la ventaja, comparado con el psicoanálisis aplicado, de utilizar la comprensión observando sus efectos.

Metodológicamente el Psicoanálisis Operativo puede parecer menos regulado y por ello más complejo que el psicoanálisis clínico, pero con él se amplían los campos de investigación y de uso del psicoanálisis. Al respecto, conviene aclarar que no existen “fenómenos psicoanalíticos” específicos; en todos los casos intervienen los hombres y por tanto se puede utilizar el psicoanálisis. El Psicoanálisis Operativo requiere siempre trabajo de campo y por eso se diferencia también de las especulaciones basadas en conocimientos o teorías psicoanalíticas que constituyen una variante del psicoanálisis aplicado (especulaciones psicoanalíticas sobre acontecimientos históricos, fenómenos como la guerra, etc.). En resumen, en el Psicoanálisis Operativo no sólo se utilizan los conocimientos del Psicoanálisis, sino sobre todo el método psicoanalítico.

7. Transformaciones de la noción de pulsión

Freud había construido una teoría en torno al sujeto y su pulsión: el sujeto de la pulsión. Decir que un sujeto sólo existe como sujeto de la pulsión significa que la subjetividad se manifiesta con ocasión de una meta pulsional a alcanzar, de un objeto a conquistar, provocado por una pulsión que brota de las fuentes del cuerpo. Pone en movimiento al sujeto, lo saca de sí mismo, lo invita a realizarse en esta búsqueda.

El sujeto no sería concebido, A. Green, como una entidad fija y estable, sino, por el contrario, como el resultado precario y cambiante del diálogo que mantiene constantemente con la pulsión.

En 1905, en los *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Freud sienta las bases fundamentales para el desarrollo ulterior de la teoría psicoanalítica. Reconoce cuatro caracteres fundamentales a la pulsión: fuente, fin, objeto y carga; de ellos, el objeto es el más independiente de la pulsión y, a este respecto, dice: «Para el psicoanálisis, la independencia de la elección de objeto con respecto al sexo del objeto, la disponibilidad igualmente libre de objetos femeninos y masculinos, tal como puede observarse en la infancia, en condiciones primitivas y en épocas históricas antiguas, aparece más bien como el elemento originario.» (...) «En el sentido del psicoanálisis, por tanto, también el interés sexual exclusivo del hombre por la

mujer es un problema necesitado de esclarecimiento, y en modo alguno una obviedad que deba atribuirse a una atracción fundamentalmente química»³⁴.

Con el descubrimiento de la independencia del objeto en relación con la pulsión Freud da un gran paso adelante en la investigación psicológica porque incluye como factor muy importante los acontecimientos de la vida del individuo -la experiencia de todo ser humano en el curso de su desarrollo- en el proceso de la organización de la vida mental. A pesar de esta aportación fundamental, Freud profundizó más en el desarrollo teórico de las fases pulsionales que en las vicisitudes de la relación de objeto.

Es muy significativo lo que escribe el propio Freud: "La diferencia más incisiva entre la vida amorosa del mundo antiguo y la nuestra radica en que la antigüedad ponía el acento en la pulsión, mientras que nosotros ponemos el acento en su objeto. Los antiguos exaltaban la pulsión y estaban dispuestos a ennoblecer con ella incluso un objeto inferior, mientras que nosotros estimamos poco la actividad pulsional en sí misma y sólo la justificamos por las eminentes cualidades del objeto".

En el mismo sentido, podemos decir que Freud revitalizó o modernizó en sus teorías la posición de los antiguos al poner el acento en la importancia de la pulsión en sí misma; así, el desarrollo del sujeto es estudiado fundamentalmente en función de los estadios (oral, anal y genital), en función de las fuentes pulsionales e incluye en el desarrollo un estadio anobjetal, es decir, sin la existencia del objeto.

En los «Tres ensayos de teoría sexual» la motivación es fundamentalmente pulsional, el objeto es intercambiable, contingente. No podría ser de otro modo porque los objetos utilizados para la satisfacción, para la descarga en términos económicos, son externos al aparato mental e incluyen los del autoerotismo.

La teoría de la relación objetal surge de una situación clínica particular. Cada vez que Freud se ve impulsado a hablar de melancolía (en «Metapsicología» o en «El yo y el ello») cambia de lenguaje. Mientras que antes su pensamiento giraba en torno a las vicisitudes de la representación (en la neurosis de transferencia y también en la neurosis narcisista), cuando surge el tema de la melancolía, hace referencia directa al objeto: en otras palabras, el objeto aparece en la teoría con ocasión de los efectos de su pérdida: lo que sugiere su presencia «muda» en los casos en que no está en juego su existencia.

El gran salto conceptual en la génesis de los objetos internos es la introyección del objeto en la melancolía que enfrenta al yo con un vínculo torturante. Este objeto amado-odiado

³⁴ Freud S., *Opere*, Boringhieri, Torino, v. IV p. 460, nota.

continúa su existencia intrapsíquica. Es sobre la base de estas funciones activas del objeto introyectado que se ha definido la naturaleza de los objetos internos en la obra kleiniana.

Para Fairbairn, Freud no se dio cuenta de que las pulsiones, tal como son tratadas en psicología, no son biológicamente preexistentes, sino relaciones de los individuos entre sí. Las pulsiones son funciones de las relaciones de objeto³⁵.

«Las pulsiones no pueden considerarse aisladas de las estructuras endopsíquicas a las que infunden energía y de las relaciones de objeto que permiten el establecimiento de estas estructuras»³⁶.

Bleger³⁷ en un trabajo presentado en 1956 a la Asociación Psicoanalítica Argentina bajo los auspicios de Pichon-Rivière afirma que no se puede negar la existencia de las pulsiones, pero niega que las pulsiones existan como entidades o agentes en sí mismas. Son siempre el derivado o la consecuencia de la estructura total de la conducta (co-acción), o más bien del campo estructurado en ese momento. La pulsión no es constitutiva de la relación de objeto, sino su consecuencia³⁸. No hay pulsión sin objeto y sin yo, porque es un derivado del campo psicológico³⁹.

En Bion la diferencia tópica entre elementos beta y alfa se desprende lógicamente del vínculo y de la diferencia entre la actividad psíquica del niño y la de la madre, la del paciente y la del analista. El tema del vínculo es fundacional y redefine las pulsiones y los pensamientos en relación con las emociones y las vivencias corporales primarias.

En otras palabras, dado que el punto de partida es un estado protomental de indiferenciación individuo-ambiente, el modelo pulsional se redefine por las condiciones relacionales de su génesis. La pulsión pasa a ser secundaria a los estadios anteriores que se refieren a la sensomotricidad y a las emociones confundidas con las sensaciones e impresiones sensoriales en los vínculos primarios de amor, odio y conocimiento.

³⁵ Ibidem p. 463, nota.

³⁶ Fairbairn W. R. D., *Studi psicoanalitici della personalità*, Boringhieri, Torino, 1970, p.112

³⁷ Bleger J., "Sobre los instintos", en *Revista de Psicoanálisis*, v. XIII, n. 4, 1956.

³⁸ Esta idea será retomada por Káes quien afirma: "mi hipótesis básica postula el vínculo como condición para el surgimiento de la pulsión, que abordo en consideración del trabajo psíquico que impone la situación intersubjetiva del objeto". (*El concepto de vínculo*, op. cit., p.171)

³⁹ La noción de campo fue utilizada por primera vez en el ámbito psicoanalítico a mediados de los años cincuenta por Pichon-Rivière, Bleger y fue ampliada por otro de sus colaboradores y estudiantes W. Baranger quien escribió la importante y frecuentemente citada obra sobre "El psicoanálisis como campo bipersonal". La deuda de Baranger con su maestro en este tema es evidente. Él describe su carácter así: "En mi caso, con Pichon-Rivière, a la relación entre analista y analizando se unió la relación entre maestro y discípulo, y más tarde la de un amigo mayor, lleno de talento y admirado por mí, un amigo suyo más joven que estaba creciendo". (trad. mía) en "Proceso en espiral y campo dinámico", *Revista uruguayana de Psicoanálisis*, n.59, septiembre de 1979.

También para Winnicott la constitución de la pulsión es secundaria a la relación primaria psique-ambiente. La pulsión se considera organizada por las respuestas dadas por el entorno a las manifestaciones pulsionales del niño. En esta lógica, es la pulsión de vida o de destrucción, la pulsión impasto o disimpasto, según la calidad de la respuesta del entorno. La teoría de Winnicott, al igual que la de Bion, modifica el lugar otorgado a la pulsión como fundamento de la Metapsicología, y otorga una posición central a las nociones de ligazón y desligazón.

8. Transformaciones de la noción de relaciones de objeto

El concepto de objeto, como todo concepto psicoanalítico, sólo puede definirse en el contexto de la teoría psicoanalítica que propone.

Para Laplanche y Pontalis, la relación de objeto es un «término utilizado actualmente en el psicoanálisis contemporáneo para designar el modo de relación del sujeto con su mundo, relación que es el resultado complejo y total, en cierta organización de la personalidad, de una aprehensión más o menos fantasmática de los objetos y de ciertos tipos privilegiados de defensa».

Y luego continúan: «la relación debe entenderse en un sentido fuerte: es una interrelación, es decir, no sólo de la manera en que el sujeto constituye sus objetos, sino también de la manera en que éstos configuran su actividad»⁴⁰.

El mundo exterior se representa en el aparato psíquico, pero sufre una serie de distorsiones provocadas por el proceso de transcripción en el contexto de la subjetividad. El modelo kleiniano parece exagerar los términos de la distorsión hasta el punto de llevar esta interpretación del objeto externo a una determinación que surge de lo genético (la mama preexiste a la experiencia), antes de cualquier experiencia posterior al nacimiento.

El objeto está enraizado en el sistema de fantasías inconscientes que preceden a la experiencia. Las particularidades del objeto externo tienden a ser llenadas por las del objeto interno. Lo particular y lo diferente del presente es barrido por el pasado que busca reactualizarse. Es necesario que el otro se adapte al objeto interno. La adaptación es posible si se establecen pares presencia/ausencia (del objeto real) y semejante/diferente. La transferencia entendida como repetición y el analista (como espejo) constituyen el marco ideal para el despliegue y análisis de la relación objetal.

⁴⁰ Laplanche J. e Pontalis J-B., *Enciclopedia della Psicoanalisi*, Laterza, Bari, 1968, p.501-502.

No es preciso recordar que para Klein el mundo externo es un ámbito de la realidad psíquica que no debe confundirse con el mundo real concreto, que en sí mismo carece de sentido. Pero a su vez el mundo externo es una construcción de la subjetividad a partir de aspectos del mundo concreto y en este sentido esta teoría no es solipsista. Por otra parte, la subjetividad aporta constantemente sus propios argumentos históricos a la visión del mundo externo en su devenir real y, además, añade las fantasías inconscientes que dan las motivaciones para las relaciones objetales.

Para M. Klein, la pérdida de objetividad debida a la intrusión de la subjetividad es más importante que el estudio de la objetividad misma a la que uno debe ajustarse, como presupone la Psicología del Yo con su teoría de la adaptación a la realidad.

Desde el punto de vista kleiniano, es imposible comprender el objeto interno sin vincularlo a la concepción de la fantasía inconsciente (Susan Isaacs) y a la teoría de la posición. Aunque fue M. Klein quien situó el objeto interno y sus organizaciones totales o parciales en el centro conceptual del psicoanálisis, este concepto encontró más oposición e incompreensión, a pesar de las aclaraciones de sus alumnos.

El modelo parece sugerir la coexistencia de dos mundos relativamente paralelos, el mundo interior y el mundo de los vínculos con los objetos de la realidad, que se influyen relativamente y no se determinan mutuamente. La concepción kleiniana presenta obstáculos para establecer el vínculo entre el interior y el exterior del vínculo (contexto intersubjetivo y social).

Esta posición se modifica radicalmente en la perspectiva de W. R. Fairbairn (1952), quien plantea la hipótesis de que las relaciones objetales son la causa de la estructuración del psiquismo. El punto de partida de cualquier trastorno está ligado al entorno y los mundos interno y externo interactúan continuamente a lo largo de la vida del sujeto.

Su desarrollo teórico y sus investigaciones se centraron en los estados del yo en relación con los objetos, mientras que M. Klein (siguiendo su propia definición) centró su investigación «principalmente desde el punto de vista de las ansiedades y sus vicisitudes». Para Fairbairn, la teoría de la libido ha agotado su utilidad teórica y cree que la importancia fundamental de la relación de objeto no ha sido plenamente reconocida en psicoanálisis. No acepta el instinto de muerte, aunque admite el papel dinámico de la agresión.

El hilo rojo que va de Freud a M. Klein y Fairbairn, conduce sistemáticamente a la supremacía de la relación de objeto como tema central de la investigación psicoanalítica y a que los tipos de ansiedades, impulsos y defensas derivan o dependen de su modalidad. Esta dirección objetal (interpersonal o social) no descuida los determinantes biológicos de los fenómenos,

sino que los contiene e integra. Esto fue enunciado teóricamente por Freud, en sus primeras obras y en una póstuma de 1938, «La escisión del yo en el proceso de defensa».

En la década de 1950 surgió la idea de que la mente procesa tanto la relación con el otro como objeto de identificación y proyección, como la relación con el otro como sujeto externo independiente. Cada uno de nosotros puede experimentar al otro a la vez como parte de nosotros mismos y como un centro de existencia equivalente, aunque diferente.

Las teorías interaccionistas comienzan a insistir en que el psicoanálisis debe entenderse como operando en una esfera formada por dos personas y no sólo una⁴¹, de modo que dos subjetividades, cada una con su propio conjunto de relaciones internas, comienzan a crear un nuevo vínculo entre ellas.

Las nuevas formas clínicas ponen en primer plano no sólo la relación con el objeto interno, sino también la relación con el objeto externo, con el otro.

«El objeto se convierte en el corolario de un vínculo, un punto en la movilidad entre los objetos y entre el sujeto y el objeto que mira al sujeto, lo llama, actúa por él y viceversa»⁴².

No hay objetos internos aislados, en la exteriorización de las relaciones de objeto en el proceso de transferencia, la clínica muestra que el desarrollo transferencial incluye siempre al sujeto transferente en el contexto de un constreñimiento específico, determinado por las fantasías inconscientes que son el contenido de este desarrollo.

La transferencia es, pues, la proyección sobre la escena de la realidad de una escena interna compleja, una fantasía inconsciente en la que el sujeto está incluido, aunque no ocupe necesariamente un lugar específico o determinado.

En la transformación de la relación de objeto a la coacción, surgen una serie de cuestiones o extensiones de la problemática. Una primera cuestión surge de la importancia de la presencia o ausencia del interlocutor (objeto interno o externo) con el que dialoga el sujeto (paciente). Y consecuentemente la importancia de diferenciar entre el analista como receptor de la transferencia intersubjetiva, y de hecho incluido en los modelos de

⁴¹ Es sorprendente que desde los años 30 Balint comenzara a utilizar el término “bicorporal” que luego poco a poco se fue transformando en bipersonal y después pasó a utilizar la expresión “el encuentro de dos mentes”. Regresa la disociación cartesiana. Merton Gill retoma la pregunta: «Una respuesta automática muy común a la caracterización del psicoanálisis como hermenéutico, además de la supuesta implicación de que el psicoanálisis no puede ser una ciencia, es que la perspectiva hermenéutica prescinde del gran descubrimiento de Freud sobre el papel del cuerpo en la psicología humana. No creo que esto sea necesariamente cierto, pero no es fácil de explicar. En términos sencillos, la pregunta es si lo relevante en la psicología humana es el cuerpo como tal o el cuerpo en términos de sus significados. El cuerpo como tal es el punto de vista de las ciencias naturales; el cuerpo en su significado para el individuo es el punto de vista hermenéutico». (Gill M., op. cit., pág. 151).

⁴² Eiguer A., “Las paradojas de la noción de objeto”, en *Clínica y análisis grupal* n. 54, año XIV, 1990.

identificación que el paciente le propone, y el analista cuando ocupa uno de los polos del vínculo entre dos sujetos igualmente comprometidos en la transferencia intersubjetiva donde las particularidades son específicas de esa relación. Un efecto importante ha sido reconocer que los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva y la comprensión de la fantasía inconsciente (modelo kleiniano) ya no son suficientes para entender lo que sucede entre dos o más sujetos, analista incluido.

9. Pichon-Rivière: nacimiento de una teoría sobre el vínculo

En la literatura psicoanalítica es común que los autores mencionen los conceptos de vínculo y relación de objeto sin mayor especificación y a veces como sinónimos, otros, aunque hayan dado un significado bastante preciso a los dos conceptos, no entran en discusión. Esto puede dar lugar a malentendidos en las discusiones científicas. Sin duda, Enrique Pichon-Rivière fue el primero en introducir el concepto de vínculo⁴³ en el campo psicoanalítico.

Entre octubre de 1956 y enero de 1957 Pichon-Rivière dictó doce conferencias en la Asociación Psicoanalítica Argentina sobre la “Metodología de la Entrevista”⁴⁴. Estas lecciones marcan la reubicación de su pensamiento y en cierto modo el inicio de su aislamiento de la Asociación Psicoanalítica Argentina (A.P.A.) de la que fue fundador.

Su descripción de la estructura vincular parte de la crítica a la noción de pulsión y relación objetal.

a) Freud había tomado de la física mecanicista de su época el concepto de fuerza y movimiento, inherente a la noción de pulsión. La fuerza era un agente externo capaz de alterar el estado de reposo o movimiento de un cuerpo, y así, los hechos humanos y sus motivaciones estaban determinados por fuerzas externas: las pulsiones. De esta manera, el juego dinámico de las pulsiones queda aislado del contexto psicológico. Pero en la clínica, el propio Freud había reconocido repetidamente que el significado de los síntomas se arraiga en la vida psíquica del paciente, es decir, en la dramática⁴⁵.

⁴³ Pichon-Rivière utilizó por primera vez la noción de vínculo en un artículo de 1956, “Comentario final al libro de Franco Di Segni “Hacia la pintura” en *El proceso Creador* (1977).

⁴⁴ Estas lecciones fueron organizadas por Fernando Taragano en el texto *Teoría del Vínculo*, op. cit.

⁴⁵ Por dramática (Politzer) nos referimos a la posibilidad de mantener la descripción y explicación de los fenómenos psicológicos en términos de situaciones y motivaciones donde la conducta humana ocurre y se caracteriza. Para Bleger, la teoría del vínculo es la que mejor se ajusta al criterio dramático. Consiste esencialmente en el estudio y desarrollo de la dialéctica de la conducta en términos de hechos o acontecimientos humanos. La conducta humana, sea cual sea su nivel de expresión, puede traducirse en términos dramáticos cuando se describe y comprende en función de la experiencia de quienes la realizan o viven.

Los psicoanalistas situaron la pulsión como el motor de la relación objetal; Pichon-Rivière considera que la pulsión es una conducta que emerge del vínculo. Es el tipo de vínculo el que determina el carácter libidinal o no libidinal de la experiencia. En consecuencia, la pulsión cambia en función de nuevos vínculos y nuevas experiencias.

b) La otra crítica se dirige a la noción de relación objetal, que parece parcial, ya que la relación mantiene una sola dirección: la que va del sujeto al objeto. Además, la relación objetal le parece heredera de la psicología atomista y abstracta, mientras que «el concepto de vínculo es mucho más concreto». Un objeto interno no puede prefigurarse sin entrar también en una relación con el objeto externo. Cuando Pichon-Rivière empieza a hablar de vínculo, lo describe diciendo que debemos ir más allá de las relaciones objetales, con la intención de poner el énfasis, dentro del vínculo, en la reciprocidad del proceso de transformación. En cualquier caso, no existe vínculo fuera de la relación con el otro.

Intenta demostrar, mediante la noción de vínculo, que la hostilidad y el amor no son innatos, como afirmaría la escuela de M. Klein, sino que ambos surgen de la relación con el otro y se refieren a las necesidades del sujeto, a partir de las experiencias de gratificación (vínculo bueno) y frustración (vínculo malo).

Enrique Pichon-Rivière inició y estimuló el estudio sistemático del vínculo en todas las técnicas defensivas del yo y en todos los cuadros psicopatológicos. El vínculo implica constantemente al Yo o parte de él, un objeto o parte de él y una interrelación recíproca entre ambos de estructura variable. Siguiendo esta hipótesis, dedicó especial interés a la estructura del vínculo con el objetivo de mantener la descripción, la investigación y la teoría, de forma sistemática, en el nivel del comportamiento (dramática).

Si enfatizamos el vínculo como determinante del comportamiento, continuamos, según Bleger, la línea de pensamiento de Fenichel, quien escribió: «No se trata de que los instintos estén determinados biológicamente, mientras que los objetos de los instintos están socialmente condicionados; se trata más bien de que la estructura misma de los instintos, en particular la distribución relativa de la libido entre la genitalidad y la pregenitalidad, depende de factores sociales. Sin duda, las estructuras individuales creadas por las instituciones contribuyen a su mantenimiento»⁴⁶.

Así resume Pichon-Rivière su definición de vínculo:

«La investigación analítica del mundo interno me llevó a ampliar el concepto de relación objetal, formulando la noción de vínculo que defino como una estructura compleja, que

⁴⁶ Fenichel O., *Trattato di Psicoanalisi delle nevrosi e delle psicosi*, Astrolabio, Roma, 1961, p. 548.

incluye un sujeto, un objeto y su interrelación mutua, con procesos de comunicación y aprendizaje»⁴⁷.

Profundicemos en esta definición.

10. La noción de tercero

En un artículo de 2004, Jessica Benjamin⁴⁸ distingue a los intersubjetivistas en dos grandes grupos:

- los intersubjetivistas sistémicos, como Mitchell y Storolow, que abordan las influencias recíprocas entre los sujetos de la interacción; y

- los intersubjetivistas, que utilizan otros dos parámetros:

a) la terceridad, es decir, que el vínculo está constituido por los dos sujetos y por una tercera entidad que los agrupa y que está representada en el espacio psíquico de cada uno; y

b) el reconocimiento⁴⁹ mutuo de la singularidad de los sujetos del vínculo (otredad).

Pichon-Rivière describe el vínculo como bicorporal pero tripersonal. Subrayo que usa la palabra bicorporal y no bipersonal porque, para Pichon-Rivière, la relación se da, ante todo, entre dos cuerpos. La transferencia siempre ocurre primero entre dos cuerpos, como enfatizará su alumno Salomon Resnik.

Ninguna concepción de lo psiquismo puede tener otro fundamento que el de un arraigo en el cuerpo, y esta inscripción fundamental en el cuerpo es responsable de la limitada modificabilidad de lo psiquismo.

Nuestro trabajo nos muestra que el vínculo no es genérico, no coincide con la experiencia cotidiana. Y no existe un sujeto aislado. Se percibe así porque es el resultado de una percepción consciente. Pero el concepto de vínculo no pasa por la percepción; es del orden de la representación conceptual. Todo sujeto es y existe porque está vinculado. Nuestro marco de referencia nos permite traducir este tipo de situación: dos cuerpos, pero tres

⁴⁷ Pichon-Rivière E., *Il processo gruppale*, Lauretana, Loreto, 1985, p. 25.

⁴⁸ Benjamin J., *Beyond the duality agent-patient*, *The Psychoanalytic Quartely*, 73, 1, 2004.

⁴⁹ J. Benjamin teoriza sobre el desarrollo de la capacidad de una relación recíproca entre dos sujetos: la capacidad de reconocimiento mutuo, la capacidad de reconocer al otro y ser reconocido por él. Una teoría de la intersubjetividad debe centrarse en el reconocimiento mutuo. En cambio, creo que la intersubjetividad se basa en la idea de una regulación recíproca.

personas. Cuando hablamos del tercero, no nos referimos a un tercero real de carne y hueso (un tercer cuerpo). Toda comunicación dentro de un vínculo se desarrolla en una situación triangular⁵⁰. De hecho, podemos decir que cuando un vínculo alcanza su máximo funcionamiento, se vuelve tan discriminado que puede pasar continuamente a través de terceros. Sin embargo, esta sería una situación ideal, ya que significa que el terapeuta, al hablar con un paciente, siempre tiene la representación interna del tercero.

La situación analítica es una situación entre dos, cuyo objetivo fundamental es descubrir al tercero, ver dónde se ubica y qué función desempeña. Es necesario comprender qué hace el paciente con el terapeuta para descubrir cómo se relaciona con él a favor de un tercero, para intentar escapar de él o para seducirlo para que se oponga a él. Hay que tener presente que lo que uno piensa, siente (ama u odia) o actúa nunca es una relación entre dos, sino siempre entre tres.

La interrelación se constituye⁵¹ a partir de una triangularidad básica. Los dos que se han unido tienen un propósito (la tarea como tercero). O, visto desde otro punto de vista, se habla de un tercer personaje que da sentido a la relación. O bien, un fantasma pasa entre los dos.

Cuando intentamos un discurso sobre la relación, siempre se tratará de una interrelación entre tres. La situación triangular rompe la reflexión sobre la linealidad de la subjetividad, de la simple manifestación de la apariencia. No existe vínculo entre ambos; siempre debe buscarse un tercero; precisamente esta búsqueda del tercero convierte el cuestionamiento en un método de trabajo constante para nosotros⁵².

La idea del tercero incluye las fantasías inconscientes que fundamentan el concepto de vínculo. Me refiero a la comunicación, antes de que se vuelva consciente: lo que se genera entre dos o más personas, como un correlato interno preconscious o inconsciente; estos son niveles de interacción que aún no han emergido.

⁵⁰ Este es el otro implícito en toda interrelación.

⁵¹ La tarea es el propósito, es el trabajo que un grupo debe hacer en un objetivo determinado. Para Pichon-Rivière, llevar a cabo una tarea significa conectar, dar forma a las condiciones que existen entre la realidad y la fantasía. Utiliza el concepto de realidad como condiciones concretas de existencia y la fantasía como un correlato interno de procesos, de acciones en el mundo externo y de las propias representaciones del mundo interno. La tarea tiende a movilizar estructuras estereotipadas (dificultades de aprendizaje y comunicación). En 1969, Pichon-Rivière distinguió entre tarea explícita, la razón de la formación del grupo, y tarea latente, centrada en la elaboración de ansiedades básicas (ataque y pérdida). Pichon-Rivière y Bauleo establecieron tres momentos de la tarea que aparecen en una sucesión evolutiva y su aparición y juego constante se pueden identificar en cada situación que implica cambio: pretarea, tarea y proyecto.

⁵² Bauleo A., "L'interrogazione come método", en (a cura di A. Verdiglione), *Sessualità e politica*, Feltrinelli, Milano, 1976.

El concepto del tercero consiste en internalizar al otro en la relación vincular; el otro es lo que facilita o lo que impide la relación.

Tomemos como ejemplo el esquema de análisis individual donde la relación es bicorporal, aunque sea tripersonal, porque lo que intentamos analizar es la presencia del tercero, no la presencia física, sino la presencia en el juego de interrelaciones. «El ruido» podría ser alguien que interfiere, tanto en la mente de uno como en la del otro. Hay una persona adicional a la que, mediante la actividad de ambos miembros en acción, por ejemplo, se le asigna un rol de peligro, una acción persecutoria o de espionaje. Por ejemplo, si el terapeuta busca información sobre una persona (o porque se habla de ella), la presencia, no real, sino interna, mental, de esa persona surge con mayor facilidad. Es muy probable que una comunicación que comienza a debilitarse, a tener dificultades, se produzca bajo la presión de la presencia de un tercero, al que aludimos, y que esto no ocurriría en otra situación⁵³.

Pichon-Rivière resume así: “Así pues, en la relación entre dos personas, aparece un tercero, que puede ser una persona, un objeto, una función orgánica que no funciona o una representación simbólica de una persona; los terceros pueden ser múltiples, como identidades; hay ejemplos, en cuanto a los ruidos, que van más allá de su dramatismo para acabar siendo cómicos. Tenemos como ejemplo la terapia individual, una relación entre dos personas, el terapeuta y el paciente, y en este vínculo aparecen sucesivamente diferentes terceros: la novia, la madre, el padre, etc.”⁵⁴

Por lo tanto, en una situación dual, es necesario comprender quién es el tercero. En una situación grupal o familiar es más difícil porque el tercero puede ser un conjunto de elementos

⁵³ “Ahora les puedo contar la anécdota que me llevó a descubrir todo esto. Estaba analizando a una señora que le tenía mucho miedo al sofá, fobia al sofá (si es que tal cosa existe), que estaba en análisis contra la voluntad de su familia y su esposo. Había dos direcciones en su tratamiento: cuando la transferencia era positiva y ella quería una aclaración, se sentaba en el sofá y se acercaba a mí como prueba de una transferencia positiva, y, justo cuando estaba muy cerca y veía cosas muy interesantes e íntimas, un neumático reventó en la calle. ¡La velocidad con la que se alejó de mí fue supersónica! Intenté entonces analizar lo que había revivido en ese momento, lo que le había sucedido en otro momento. Había sufrido una agresión sexual de niña de la que nunca había hablado, tenía una serie de experiencias acumuladas hasta que estallaron, y su impresión era que en la sesión tenía que decirlo todo de golpe y que la idea del ruido era mi recurso. Era una calle estrecha y un ruido de este tipo podía desencadenar, como estímulo, la fantasía de castigo, de muerte, etc. Además, había habido elementos de este tipo durante la experiencia. Así pues, estábamos las dos allí, era una situación bicorporal y tripersonal; el tripersonal que apareció, el tercero, era el ruido, es decir, un elemento físico que había perturbado extraordinariamente el curso del análisis de esta señora, porque temía que se repitiera constantemente. Si hubiera sido mi estrategia, la habría usado siempre, pero desafortunadamente el ruido no era mío y el coche tampoco. Esperaba y pasó mucho tiempo con cierto tipo de ansiedad, digamos la ansiedad de la espera, propia de quien siempre espera un acontecimiento inusual, podríamos llamarla la enfermedad de lo inusual; su tratamiento se convirtió en el tratamiento de una neurosis inusual, para la cual se intentó ver si podía cambiar de analista. Sin embargo, como lo había experimentado en la sesión, se sentía más preparada; es decir, tenía constantemente presente el objeto inusual, el tercero, y para entonces hablaba de él con familiaridad. Incluso se familiarizó con la constante existencia de terceros en sus pensamientos y en los míos. (“Vínculo”, conferencia en la Escuela Privada de Psicología Social de Buenos Aires, 27/5/1975).

⁵⁴ Pichon-Rivière E., *ibidem*, p.7

que ocultan la dinámica real del grupo. En un momento dado, el coordinador debe elegir: ¿es la tarea el tercer elemento o son los demás miembros del grupo? ¿Es el grupo interno o el observador? ¿Quién es el tercero, en este momento, en esta comunicación dentro del grupo? Pero la triangularidad no es sólo un problema latente, sino también manifiesto: es tan explícito que hay un tercero, que no se advierte que hay un tercero.

Esto ocurre muchas veces con la tarea del grupo, en el sentido de que hay quienes creen que la tarea es simplemente la tarea. La tarea es solo lo manifiesto, lo presunto; el grupo descubre cuál es la tarea en su desarrollo. A veces, la tarea es tan manifiesta que pierde el elemento central por el cual algo realmente está sucediendo, en ese momento, dentro de la comunicación.

Una aclaración. Cuando hablo del grupo, hablo del grupo que sus miembros van configurando gradualmente, y esto es algo diferente comparado con los sujetos que veo interactuar juntos. Los personajes que tengo frente a mí se estructuran en una grupalidad que siempre está cambiando de configuración. Las configuraciones del vínculo tienen un carácter original de relación que une (comparte) a dos o más personas en un espacio inconsciente donde se ubican y contienen. "Comparten", "ubican" y "contienen" el deseo y los aspectos de los grupos internos de cada uno.

El tercero, que tiene un significado manifiesto, también tiene uno latente; por ejemplo, el tercero, que en un momento dado experimento como testigo, en otro puedo experimentarlo como perseguidor (el tercero manifiesto). El grupo oculta el tercero al coordinador, quien debe ser descubierto. Hablo de proyecciones; no deben confundirse los dos niveles. El trabajo grupal es más difícil que el trabajo dual porque si el terapeuta dice: «Alguien puede escuchar», en una sesión individual el paciente puede responder: «¿Pero quién? Aquí no hay nadie». En el caso del grupo, es más difícil porque los demás están realmente presentes.

Por eso se dice que en el grupo la mirada dificulta la escucha. El trabajo grupal es más complejo, más difícil, porque el tercero manifiesto está presente, es real, concreto. La mirada dentro del grupo es uno de los principales problemas para la coordinación. La formación en triangularidad se realiza a través de otra triangularidad: la supervisión. Como supervisor, me encuentro continuamente en la situación en la que hablo del grupo y el coordinador piensa en el grupo manifiesto, mientras que yo me refiero al grupo imaginario que han formado los miembros, lo que a menudo causa muchos malentendidos. Es necesario que nos esforcemos por separar la mirada de la escucha: entre los miembros que veo aquí en el grupo y los que escucho. Se realiza entonces una síntesis para ver cómo se manifiestan las restricciones en el contexto grupal.

Para completar, debemos añadir el concepto de situación triangular, en la que nace el tercero; el carácter bicorporal y tripersonal del vínculo tiene su modelo en la situación triangular básica (Edipo), una situación que se describe a continuación:

- Una relación del sujeto con el objeto materno o paterno
- Una relación de cada progenitor con el sujeto
- La idea que el sujeto tiene de la forma en que el padre entabla una relación con la madre y viceversa.

Cada uno de estos vínculos está marcado por la oposición amor-odio y los afectos que de ella se derivan. La configuración resultante se convierte en un triángulo sujeto-padre-madre, donde los vínculos son tanto de amor como de odio (el vínculo a cuatro vías de Pichon-Rivière).

La noción de tercero y la subsiguiente noción de terceridad⁵⁵ transforman la noción de intersubjetividad en la noción de transubjetividad, que se basa en las producciones inconscientes generadas y amalgamadas por dos o más personas para formar fantasmas compartidos. La transubjetividad se basa en los individuos, pero también los trasciende borrando fácilmente los límites personales.

Podemos concluir este párrafo afirmando que no debemos olvidar que el gran tercero de todo vínculo es la cultura⁵⁶.

11. Vínculo y roles.

Isidoro Berenstein advierte que sería necesario, cuando se habla de vínculo, discriminar entre una relación del yo con un objeto externo, el otro, y una relación del yo con un lugar ocupado generalmente, pero no necesariamente, por el otro y hace el ejemplo del vínculo

⁵⁵ André Green (2000) afirma que el objeto analítico no es interno ni externo al paciente ni al analista, sino que se encuentra entre ellos (terceridad). En el centro de los intercambios duales se encuentra una triangulación primitiva que conduce a la simbolización. Incluso T. Ogden (1999), uno de los psicoanalistas contemporáneos más creativos, habla de la terceridad, del tercero analítico, refiriéndose a la interacción dialéctica entre subjetividad e intersubjetividad, conceptos que siempre coexisten en tensión. En cualquier caso, el concepto es una creación de Peirce. J. Benjamin comparte esta opinión. Véase: «Más allá de la dualidad agente-paciente» en *The Psychoanalytic Quarterly*, 73, n.º 1, 2004.

⁵⁶ Por cultura me refiero al conjunto de los productos, materiales e inmateriales, originados por la relación entre un grupo humano específico y el entorno en el que evoluciona. De la cultura entendida así son expresión los grandes sistemas culturales (lengua, religión, cuidado, transmisión de informaciones, alianzas y matrimonios, etc.), pero también las estrategias de supervivencia, los mitos, las artes, las costumbres, las costumbres, etc. Es evidente que toda cultura no puede ser sino, por definición, en continua transformación. El historiador Lucien Febvre decía que el sujeto se acerca, se parece más a su tiempo que a sus padres. Ver los detalles en el párrafo 19.

con el objeto padre y el vínculo con el lugar, la función paterna. El problema del lugar dentro de la estructura familiar, en un contexto grupal, institucional o social muestra una configuración ulterior del vínculo.

El lugar se refiere a una forma preestablecida de relacionarse con los componentes de esa estructura y está en relación con reglas sociales culturales preestablecidas. Cada lugar, aunque tiene una definición propia y determinada, ya que es ocupado por sujetos, individualmente diferentes, conserva características peculiares, pero adquiere también otras características variables y propias de cada sujeto o vínculo. De alguna manera cada sujeto construye su propio lugar. El lugar habla del sentimiento de pertenencia a una determinada configuración vincular. A la idea de asignación de un puesto corresponde en el otro polo la idea de contratación del mismo, a partir de la propia manera de interpretar esa función. La temática del lugar, profundizada por Berenstein y Puget, había sido adelantada en los años cincuenta por Pichon-Rivière que había hablado del papel como de una noción operativa que permitía encuadrar la relación transferencia-*contra*-transferencia y los procesos de comunicación.

El rol, para Pichon-Rivière, es un modelo organizado de comportamiento, relativo a una determinada posición del individuo en una red de interacción, vinculado a las expectativas propias y de los demás.

El rol tiene la característica de ser transitorio, más o menos transitorio, y de tener una función determinada, aparece en una situación dada y en cada persona en particular. Cada uno de nosotros tiene la posibilidad de cambiar los roles. De acuerdo con la manera en que abordamos ciertos contextos concretos, tomamos ciertas actitudes que llamamos roles. El rol se puede asumir consciente o inconscientemente, y en las relaciones sociales se da constantemente un intercambio de asunción y asignación de un determinado rol. "Entre la asunción de un determinado rol y la asignación de un rol a otro existe siempre un interjuego dialéctico en forma permanente. Aquí nos encontramos con el concepto de espiral. En la medida en que uno asigna y el otro recibe se establece entre los dos una relación que llamamos vínculo."⁵⁷

Por lo tanto, en la situación del vínculo siempre se incluye el papel. La comprensión del otro en términos de roles nos ofrece una oportunidad para entrar en una situación y entenderla. Cada rol tiene una historia personal. El rol se repite generalmente en la situación analítica y puede funcionar con cierta autonomía en la psicosis. En la medida en que un rol anterior superado, eliminado o elaborado vuelve a presentarse de otra manera, ocupa la actividad central del yo y determina un comportamiento "desconocido" en el sujeto. En este momento surge la experiencia de enloquecer, y el sujeto puede quedar completamente invalidado.

⁵⁷ Pichon-Rivière E., *Teoría del Vínculo*, op. cit. p. 114.

El sujeto puede liberar diferentes roles. Pero el grado de coherencia entre los diferentes roles nos indicará el grado de madurez. El sujeto más integrado es aquel cuyos roles tienen una secuencia y una coherencia interna. En la mente de cada uno de nosotros no solo asumimos nuestro rol, sino también el rol del otro ("Otros Generalizados" por Herbert Mead⁵⁸). Por lo tanto, tenemos una doble representación de lo que está sucediendo: uno fuera y uno dentro. El grupo interno está lleno de representaciones de objetos donde cada uno está asumiendo una determinada función y esto hace posible la predicción del comportamiento de los demás.

El vínculo es una estructura y la comunicación se establece dentro de esta estructura. Para que se establezca una buena comunicación entre dos sujetos, ambos deben asumir el papel que el otro les asigna. De lo contrario, si uno de ellos no asume el rol asignado, se produce un malentendido entre los dos y se hace difícil la comunicación.

12. El vínculo y la teoría de las tres D

Pichon-Rivière⁵⁹ establece una estrecha relación entre la teoría del depositante, depositario y depositante ("teoría de las tres D") y la teoría de los roles. El depositario asume una función determinada en relación con las características del depositario y con la función que le asigna el depositante en relación con el depositario.

Pichon-Rivière llama la teoría de las tres D del conjunto de transformaciones de:

- un depósito, la fantasía inconsciente que se proyecta (objeto interno, parcial o total)
- entre un depositante, el sujeto que hace la proyección de ciertos aspectos del Ser y
- un depositario, el objeto externo sobre el cual se hace la proyección.

La comprensión de depositante, depositario y depositario aparece como una unidad mínima de diagnóstico del vínculo y para la cual la terminología diagnóstica clásica, que depositaba toda la problemática sobre el paciente, ya no tiene sentido. En este juego entre depositario, depositante y depositado, es necesario diferenciar entre depositado (objeto interno) y depositario y también cómo se colocan el depositante y el depositario, es decir, el juego de la asignación y asunción de los roles y la dinámica entre grupo interno y grupo externo.

⁵⁸ Es la internalización del conjunto de las actitudes de los demás hacia el yo que ahora media en la relación del sujeto consigo mismo. En el momento de la reflexión de concebirse como objeto, lo hace por medio del "Otro Generalizado" tomando sobre sí la actitud que han tenido los demás hacia su yo. Es pues la interacción con el otro lo que hace posible la constitución de una persona a través del conformarse a un "Otro Generalizado", una estructura que surge como producto de la interacción.

⁵⁹ Pichon-Rivière solía decir que la forma de enfocar los vínculos es a través de los depósitos que se hacen en los otros que permiten la puesta en acción de los mismos, "verlos".

La comunicación entre el paciente y el terapeuta se establece en base a lo que el paciente como depositante coloca sobre el analista que funciona como depositario de los objetos internos o depositados. El informe analítico funcionará sobre la confianza que el depositante tiene del depositario en cuanto a la protección o al control del depositante (objetos internos buenos y malos).

El desarrollo normal y la integración de la personalidad con la integración del sentido de realidad, depende de una progresiva escisión entre el proyectado y el depositario. El depositario puede ser parcial o total y en ambos casos, en él se puede depositar un objeto interior uni-valorado (un solo término de la divalencia) o ambivalente, un objeto interior parcial espacial y total espacial. Los dos últimos pueden ser univalentes o ambivalentes. En la esquizofrenia el depositario no es reconocido como persona, sino únicamente como depositario (cosificación). Para Pichon-Rivière el paciente es el depositario que se hace cargo de los diversos aspectos psicológicos depositados por cada uno de los otros miembros de la familia o depositarios. Por este motivo, subraya la importancia de discriminar entre objeto interno y depositario. La discriminación para Bleger entre depositado (objeto interno) y depositario es lo que permite la rectificación de las proyecciones y esto, en consecuencia, conduce a un mejor conocimiento de la realidad.

El objeto interior puede tener diferentes cualidades (aglutinado, parcial, total). El depositario también puede ser parcial o total (dependiendo de si está en relación con una parte o con el todo), pero su cualidad central estaría en su estabilidad durante el proceso de discriminación entre yo y no yo. Es el depositario que contiene el núcleo aglutinado del depositante. La observación debe, por consiguiente, centrarse en el actuar del depositario, ya que el colapso de éstos, en la contención del núcleo aglutinado, puede favorecer el inicio de diversos cuadros psicopatológicos. El depositario puede ser fiable (simbiosis normal), fijo (simbiosis), carente (ambigüedad), cambiante (psicopatía), activo (terapeuta).

Es importante la ubicación del depositante y el depositario. Pichon-Rivière señala el juego entre rol asignado y rol asumido en la relación entre los elementos del grupo interno del sujeto y los objetos del grupo externo. Afirma que se deben tener en cuenta cuatro aspectos respecto al depositado: qué, dónde, cómo y con qué finalidad se deposita. Se depositan vínculos u objetos cargados de cierta importancia positiva o negativa, como por ejemplo

vínculos buenas o malas. Estos vínculos u objetos pueden ser depositados en una de las tres áreas de expresión fenoménica⁶⁰.

El proceso de deposición debe ser favorecido y acogido por el analista porque las múltiples fases de proyección-introyección permiten una mejor integración del yo y una progresiva y gradual fragmentación y discriminación del núcleo aglutinado. La discriminación entre depositante y depositario permite la rectificación de lo que se ha proyectado y por tanto un mejor conocimiento de la realidad, mientras que la superposición total y la identificación entre las dos es el proceso característico de la psicosis. El depositario puede asumir el papel de lo que es depositado y, a su vez, cruza proyecciones con el depositante. Este proceso, en su grado más intenso, es característico del vínculo psicopático.

13. La importancia del contexto

Toda relación entre sujetos encuentra su límite y su significado en un contexto que organiza un campo que podría llamarse el contexto del vínculo del cual depende la delimitación del sentido del vínculo mismo.

Hay que aclarar enseguida que el contexto no es el reconocimiento de la presencia del otro que contextualiza el sujeto (El Contexto del Ser), como aparece en el pensamiento de Storolow y Atwood que para combatir el mito de la mente aislada precisan: "cualquier campo psicológico formado por mundos experienciales interactivos, cualquiera que sea el nivel evolutivo que caracteriza la organización de dichos mundos es intersubjetividad"⁶¹.

Cuando describimos la relación entre dos sujetos, siempre están contextualizados. El problema es cómo entra el contexto en el vínculo, cómo participa, cómo lo hacemos entrar, pero está claro que existe. También puedo decir que no quiero que entre, pero sé que está ahí, puedo pensar el sujeto en relación solo conmigo por un tiempo, pero eso no excluye que el contexto esté allí.

⁶⁰ Basándose fundamentalmente en D. Lagache y P. Schilder, Pichon-Rivière ha sistematizado todo el comportamiento (normal y patológico) en tres áreas que representa gráficamente como tres círculos concéntricos: Área uno o de la mente, Área dos o del cuerpo y Área tres o del mundo exterior. Las tres áreas siempre coexisten y cooperan, y la calificación de cada comportamiento en cada una de las tres áreas se refiere al predominio relativo de una de ellas en un momento dado. Las tres áreas de expresión (cuerpo, mente y mundo exterior) son los ámbitos proyectivos donde el sujeto ubica sus vínculos en un interjuego de mundo interno y contexto externo mediante procesos de interiorización y exteriorización. El comportamiento siempre implica manifestaciones coexistentes en las tres áreas, pero en algunos momentos no se excluye la predominancia de una de ellas. La psicología abarca el estudio de las tres áreas como expresión del fenómeno psicológico.

⁶¹ Storolow R. y Atwood G., *Los contextos del ser*, Bollati Boringhieri, Turín, 1995, p. 15.

La necesidad de un esfuerzo de atención para poner una distancia con el fin de poder trabajar en el vínculo es un problema metodológico, pero muchas veces cuando se habla de una psicoterapia no se dice que no se incluye el contexto. Simplemente no aparece. Se podría decir: dentro de esta circunstancia hago un paréntesis, una época, como diría la Fenomenología, un corte, una suspensión. Por lo tanto, hablar del vínculo no significa excluir el contexto. Cuando hablamos del problema estructural, la preocupación estará relacionada con el problema de cómo encajar el contexto en vínculo, como se puede interpretar, como el sujeto lo lleva a la sesión.

Esta perspectiva de estudiar a los sujetos en situación y establecer cuál es la relación entre ellos y el contexto se reforzará con la perspectiva propuesta por Bleger llamada Psicología de los Ámbitos⁶²: el vínculo puede ser observado tanto desde una de un grupal o familiar, institucional o comunitario. Los ámbitos nos indican que los sujetos están siempre contextualizados y se necesitan una mirada y una escucha que mantenga esta integración, para situar las circunstancias en las que los sujetos están insertados.

Pichon-Rivière retoma las propuestas fenomenológicas de Lagache sobre el hombre en situación y las dinamiza, quitando el carácter de mera descripción y colocándolas en función de un proceso operativo, a través de su hipótesis del sujeto producto⁶³. La posición de Pichon-Rivière se inserta en el debate que había en aquellos años en la A.P.A. sobre la supremacía de la pulsión o del contexto en el proceso analítico, proceso cerrado en el individuo o que toma en consideración la presencia del contexto. La problemática se refería no solo a la práctica psicoanalítica, sino también a cómo eran traducidos o resignificados elementos esbozados en la teoría que hacían referencia a la relación entre contexto y discurso psicoanalítico. Se trata de la importancia que la comprensión psicoanalítica asigna al contexto de la actualidad del sujeto, a su historia. El título dado a

⁶² Por ámbito se entiende, para Pichon-Rivière y Bleger, la amplitud o extensión de la totalidad de los elementos que interactúan en un tiempo dado (campo). Se pueden distinguir cuatro tipos de campos:

1) ámbito psicosocial: es el que incluye a un solo individuo, que se estudia de forma autónoma. El estudio de un individuo a través de todos los vínculos o relaciones interpersonales también pertenece al ámbito psicosocial, pero el ámbito siempre se centra en el individuo.

2) ámbito sociodinámico: aquí el estudio se centra en el grupo, tomado como unidad y no sobre cada uno de los individuos que lo forman como en el caso anterior.

3) Ámbito institucional: la relación de los grupos entre ellos y las instituciones que los gobiernan constituyen el eje de la encuesta.

4) ámbito comunitario: es el estudio de la comunidad, del territorio en su conjunto.

Los cuatro ámbitos no son excluyentes, pero por el contrario un estudio completo debería abarcarlos a todos, en su unidad y en el interjuego y al menos no tomar uno de ellos como totalidad o confundir o superponer indiscriminadamente los fenómenos que tienen lugar en uno u otro. Los fenómenos sociales y psicológicos existen al mismo tiempo en los cuatro ámbitos y es un error suponer que el fenómeno social existe exclusivamente en las agrupaciones humanas y no en el individuo o en la personalidad, así como es un error suponer que la psicología existe solo como psicología del individuo o de la personalidad.

⁶³ Ver Pichon-Rivière E., "Implacable interjuego del hombre y del mundo", en *El proceso grupal*, Lauretana, Loreto, 1985.

su obra principal "Del psicoanálisis a la psicología social" no señala el alejamiento del psicoanálisis, tanto como teoría como como práctica, sino la necesidad de contextualizar la clínica psicoanalítica, es tomar seriamente en consideración los factores que el contexto añade o mezcla con otros determinantes.

Por último, la contextualización del vínculo introduce la cuestión de los límites dentro de los cuales un vínculo muestra sus efectos, su historización. Pichon-Rivière introdujo la noción de espiral dialéctica para describir este proceso. El movimiento en espiral parte de un punto del presente que es el punto de acceso que llamaba punto de urgencia. El punto de urgencia es como el emergente de algo, una situación arraigada en el pasado y que tiende a invadir la situación del presente. Tiene sus raíces en configuraciones arcaicas anteriores a la diferenciación de la existencia del sujeto en el cuerpo mental y el mundo exterior: las áreas de expresión fenoménica interrelacionadas y constitutive⁶⁴. La ruptura introducida con la contextualización e historización del vínculo es lo que permite entrar en la temporalidad hasta ese momento bloqueada en la repetición o intelectualización del proceso. Se crea un camino entre el pasado, presente y futuro. Las curvas de la espiral ilustran la mezcla de repetición y no repetición, el movimiento conjunto de profundización del pasado y construcción del futuro, el por qué y la finalidad de cada proceso.

14. El grupo interno

El vínculo, para Pichon-Rivière, no es solo con el objeto externo, sino también con el grupo interno; para ser precisos, se trata del vínculo entre el grupo interno y el grupo externo. Pichon-Rivière caracteriza el mundo interno o grupo interno⁶⁵ como la reconstrucción de la trama relacional externa, del sistema de vínculos, y de este modo otorga a la experiencia con el objeto —y a la acción del objeto que gratifica o frustra, a la acción del objeto que “significa”, que transmite significados— un lugar fundante en la constitución del mundo interno. El grupo interno es el escenario interiorizado como estructura dramática de las acciones realizadas por los sujetos y el contexto, que incluye roles que determinan formas particulares de interacción. De este grupo interno cada uno construye una fantasía. Por eso

⁶⁴ Mental no es igual a psicológico, corporal no es igual a biológico o fisiológico y las relaciones sociales no son lo social. Las primeras son áreas del comportamiento, las segundas son niveles de integración de las mismas.

⁶⁵ La idea de grupo interno de Pichon-Rivière es diferente a la de D. Napolitani (1987): "El grupo interno se forma a partir de la internalización, a través de procesos de identificación, del conjunto de relaciones en las que el individuo ha participado desde su nacimiento, principalmente a través de la introyección de objetos e imágenes constituidos en el grupo familiar y de los valores que prevalecen en el seno de la familia". Y, sobre todo, por Renè Kâes (1999): «Estos grupos no son todos resultado de la internalización de experiencias relacionales, de la internalización de relaciones objetales y de una relación de identificaciones. Se relacionan con una organización inherente a la propiedad de la materia psíquica: asociarse y organizarse en grupo. La materia psíquica tiende a organizarse estructuralmente según un modelo grupal».

es fundamental en el análisis la representación que cada uno tiene de su propio mundo interno. En este escenario interno se intenta reconstruir la realidad externa, pero los objetos y los vínculos aparecen con configuraciones diferentes a través del pasaje fantaseado del “afuera” al “adentro” o del “adentro” hacia el “afuera”. El tiempo y el espacio son dimensiones de la fantasía inconsciente, y estas fantasías nos permiten elaborar una “crónica interna de la realidad”. Pienso que es importante subrayar que grupo interno no es sinónimo de fantasía inconsciente, sino que esta sería la crónica (el contenido) de la cual el grupo interno es estructura.

El grupo interno tiene su fuente y origen en el grupo familiar, que cumple una función de modelo. Inicialmente, el sujeto internaliza “representantes” de la situación triangular básica, la cual sostendría la orientación de futuras internalizaciones, con un desarrollo progresivo y mayor complejidad a partir de las experiencias posteriores. Cada estructura vincular internalizada y articulada en un grupo interno condiciona las características del aprendizaje de la realidad. Es importante preguntarse cuál es la estructura que genera relaciones vinculares, porque si analizamos el vínculo como una representación interna de elementos (vínculo interno), decimos que en el mundo interno hay objetos que se sitúan en un paisaje y que estos elementos mantienen relaciones. Es decir: internalizamos no solo los objetos, sino también cómo se relacionan entre sí y cómo se relacionan con el yo dentro de contextos, lugares, espacios, atmósferas, sonidos, olores.

Cuando hablamos del problema de la identificación, de la proyección, del depósito, del emergente⁶⁶, estamos hablando no solo de la estructura externa del sujeto, sino también de su mundo interno. Se abre un nuevo panorama: observamos el mundo interno dentro del vínculo, o sea, cómo se pone en juego el mundo interno, cómo se moviliza dentro de una relación con otro sujeto. Podemos decir que, cada vez que nos encontramos en una situación vincular y queremos conceptualizarla, estamos poniendo en juego nuestra relación entre el mundo interno y el mundo externo. Y por eso, a veces, ese sujeto se convierte para nosotros en un objeto interno. Sucede que ciertos pacientes en terapia quieren saber todo sobre el analista, otros no quieren saber nada. Podemos decir que los primeros quieren mantener al analista solo como objeto externo; los otros, quieren construirlo completamente en su mundo interno. La primera postura corresponde a la idea de situarlo completamente afuera; la segunda, completamente adentro. Depende de qué tipo de vínculo se quiera constituir con el analista.

⁶⁶ Lo emergente, noción técnica clave de la Concepción Operativa, es aquel elemento que nos permite dar sentido a la situación que estamos observando. Es una señal, un indicador de lo que está sucediendo, porque el comportamiento siempre emerge de un campo. Ver: Fischetti R., “La noción de emergente en la concepción operacional de grupo”, en AA. VV. *Modelos psicológicos y psicoterapia*, Bulzoni, Roma, 1986.

15. Nueva idea de constitución del sujeto

Creemos que es importante especificar qué idea de constitución del sujeto subyace a la noción de vínculo. Existen dos hipótesis. Una de ellas, siguiendo a Freud, plantea que el individuo nace como una unidad aislada que gradualmente entra en relación con otros individuos. La importancia del objeto radica en el hecho de que ofrece la ocasión para inversiones pulsionales y su satisfacción. Las situaciones descritas como de fusión serían igualmente efecto de este encuentro. La fusión remite a una modalidad de relación entre dos yos ya constituidos, donde el otro no es reconocido como diferente, sino de algún modo incorporado.

La segunda hipótesis concibe como punto de partida del desarrollo humano una organización de indiferenciación primitiva, de la cual gradualmente se produciría la individuación (desarrollo de la identidad y del sentido de realidad).

La constitución del sujeto implica un itinerario que va desde la unidad indiferenciada hasta el reconocimiento y la asunción de la discontinuidad como autonomía e interdependencia. Esto implica que ya no se debe observar e indagar cómo el niño, en el curso de su desarrollo, entra en relación con el mundo externo —primero la madre, luego el padre y, progresivamente, los demás personajes que encontrará en su vida. La importancia principal del objeto reside en el rol que cumple al hacer posible el desarrollo de la integridad del Yo y de la autonomía a través de la diferenciación.

La fusión inicial es, para el lactante, un estado sincrético de indiscriminación en el cual no hay un espacio de encuentro —lo cual implicaría diferenciación—, sino de incorporación. La función de sostén y contención de la sociabilidad sincrética hace emerger un psiquismo abierto al mundo, que se constituye en un proceso constante de sostén y apoyo; constante porque las necesidades, demandas y modalidades del apoyo se redefinen y evolucionan con el desarrollo, pero no desaparecen.

Pero ¿cómo se modifica un cierto tipo de relación indiferenciada hasta alcanzar, en el mejor de los casos, un desarrollo de la propia identidad y del sentido de realidad? La posibilidad de la experiencia social es lo que permite la transformación del sincretismo. En la apropiación de contenidos e interiorizaciones del contenedor grupal, el sujeto transforma poco a poco su espacio fusional indiscriminado en un espacio de interacción, mediado por la mirada, el gesto, la voz, la palabra. En este espacio simbólico y social se produce el reconocimiento de sí mismo como integrado, relacionado y, al mismo tiempo, diferenciado del otro. Este espacio relacional se construye, es una conquista, y su configuración señala un cambio cualitativo en la organización intrapsíquica del sujeto, en la modalidad de relación entre mundo interno y

mundo externo. Estas ideas encuentran fundamento en las investigaciones clínicas llevadas a cabo sobre el fenómeno de la simbiosis (Mahler 1972, Searles 1974, Bleger 1993).

16. Vínculo e imposición

Ya en el uso mismo del término vínculo está implícita una idea de obligación. Es la fuerza que interviene cuando uno se dirige hacia el otro para encontrarlo.

Thomas Ogden describe así su idea de identificación proyectiva: “Con la identificación proyectiva se alude en parte a la descripción de una interacción interpersonal (la presión de una persona sobre otra para satisfacer una fantasía proyectiva); en parte también se refiere a la descripción de la actividad mental de un individuo (las fantasías proyectivas e introyectivas, el proceso psicológico). Más precisamente, se trata de las descripciones de las interacciones dinámicas de dos elementos: lo intrapsíquico y lo interpersonal.”⁶⁷

Detengámonos en la primera parte: “la presión de una persona sobre otra”. Es decir, tiene lugar una interacción según la cual quien recibe la proyección es inducido a pensar, sentir y actuar conforme a los sentimientos y representaciones que han sido expulsados por el otro del vínculo. Quien recibe la identificación proyectiva es llevado a identificarse con un aspecto particular que el que proyecta ha repudiado. Pero este mecanismo de inducción no está presente solo en la identificación proyectiva.

El sujeto es el resultado del vínculo con el otro, y sus mecanismos son la identificación (“deseo ser como tú”) y la imposición (“debes ser como yo”). La identificación y la imposición primarias son con y desde el otro.

La imposición es uno de los mecanismos constitutivos del vínculo, y es la acción del yo sobre el otro y de este sobre el yo. Se establece una característica que no depende del deseo de quien la recibe. Requiere una relación entre quien impone y la persona a la que se le impone. Imponer es una acción constitutiva y, como tal, se refiere a la obligatoriedad de incluir y hacer lugar a una característica que proviene de un nuevo significado en un vínculo entre dos sujetos. “Nuevo” hace referencia al hecho de que el sujeto no la tenía antes de su inclusión en el vínculo. Imponer es una acción defensiva: cuando los habitantes del vínculo no toleran que su subjetividad se modifique para pertenecer a esa relación, recurren a un exceso de imposición para anular la ajenidad y volverla semejante. En la relación de objeto, el mecanismo constitutivo es la proyección-introyección, en sus diferentes formas, mediante las

⁶⁷ Ogden T., *La identificazione proiettiva e la tecnica psicoterapeutica*, Astrolabio, Roma 1994, p. 19.

cuales el yo, con lo que recibe del otro, produce el objeto, es decir, aquello que puede reconocer y aceptar como propio.

Inicialmente los padres establecen características inconscientes en la fundación del psiquismo del recién nacido y lo orientan hacia una forma particular de ser. Pero los padres no son los únicos. En un vínculo significativo, como el de pareja —es decir, de un adulto frente a otro— se producen algunas características inconscientes originarias propias de la pertenencia a esa relación. El deseo de ser (identificación) y el deber ser (imposición), tanto en la infancia como en la actualidad, conllevan una fuerte impronta sociocultural, y eso es lo que hace al sujeto social⁶⁸.

Existen dos tipos de alianzas inconscientes que se basan en la imposición: el contrato narcisista y el pacto denegativo. Las alianzas inconscientes son construidas por el trabajo psíquico de los sujetos del vínculo para consolidarlo. La alianza es un efecto del vínculo y sirve para consolidarlo, garantizarlo. La característica principal de las alianzas es su cualidad inconsciente y su finalidad es asegurar, mediante acciones comunes, intereses comunes que no podrían alcanzarse por los sujetos considerados individualmente. La alianza exige un compromiso y un apoyo mutuo, que los obliga y, en ciertos casos, los fuerza.

El contrato narcisista, identificado por Piera Aulagnier, plantea que todo sujeto nace simultáneamente en la vida psíquica, en la sociedad y en la sucesión de generaciones como portador de una misión: asegurar la continuidad del grupo al que pertenece. A cambio, el grupo familiar debe invertir narcisísticamente en el nuevo individuo. El contrato asigna a cada uno un lugar determinado en la familia, un lugar al que se le atribuye un significado por el conjunto de voces que, antes que cada sujeto, ha sostenido un cierto discurso conforme al mito fundador de la familia. Ese discurso comprende ideales y valores, pero también transmite la cultura y las palabras de certeza del contexto social. Cada sujeto deberá, por su cuenta, retomar de algún modo ese discurso. Es a través de él que se conecta con el antepasado fundador y se posiciona como puente para las generaciones futuras.

Käes habla del pacto denegativo. En él se incluyen las operaciones de represión o negación, desconocimiento o rechazo, de encapsulamiento, realizadas necesariamente por los sujetos de un vínculo para que permanezca inconsciente todo lo que pueda amenazar la organización del propio vínculo. En este sentido, el pacto denegativo es el complemento del contrato narcisista. Al mismo tiempo que es necesario para la formación del vínculo, crea en

⁶⁸ Käes afirma: «Las alianzas inconscientes son formaciones que se derivan de la instrumentación psíquica de los sujetos de un grupo transobjetivo: la pareja, el grupo, la familia, la institución. Estas llegan a determinar las modalidades del vínculo entre los sujetos y, a través de ellos, el espacio psíquico del grupo. Es a partir de estas alianzas que se define la realidad psíquica de las instituciones». (“El concepto de vínculo”, op. cit., p. 168)

él algo no simbolizable, no transformable, zonas de silencio que mantienen a los sujetos del vínculo ajenos a su propia historia y a la historia de los otros.

Todo vínculo produce alianzas inconscientes que le son propias. Las alianzas inconscientes producen sus efectos más allá de los sujetos, de las circunstancias y del momento que las hizo necesarias y las modeló: son el agente y la materia de la transmisión de la vida psíquica entre generaciones y entre contemporáneos.

17. Vínculo y transmisión inter y transgeneracional

La temática de la imposición o de la influencia tratada anteriormente se prolonga en el capítulo de la transmisión psíquica. Sabemos que la transmisión de la historia es una función de la familia.

Pichon-Rivière no aborda directamente la cuestión de la continuidad de la vida psíquica; su esquema de referencia conserva algunas zonas de invisibilidad que impiden una enunciación clara de la problemática que, a partir de los trabajos de Abraham y Torok, encontrará en Francia en los años sesenta su formulación y conceptualización. Sin embargo, es posible hallar antecedentes y pistas en la noción de emergente, en la relación entre grupo interno y grupo externo, en el cruce del nivel horizontal y vertical en el portavoz, en la teoría del depósito, en su idea de aprendizaje familiar⁶⁹, y sobre todo cuando, trabajando con familias, afirma que un duelo no elaborado o una situación traumática congelada determinan efectos sobre la estructura familiar que se prolongan en el tiempo.

Transmitir es hacer pasar un objeto, un pensamiento, una historia, unos afectos de una persona a otra, de una generación a otra.

La transmisión permite acceder a quién es cada uno, al lugar que debe ocupar en el contexto socio-histórico-geográfico-cultural-económico-político, manifestando las expectativas y los temores que se imponen y se definen a partir del clima familiar.

La familia, a través de la transmisión de sus propios contenidos, funda su base de supervivencia. Esta base será más o menos sólida, presentará posibles fisuras, introducirá relieves particulares, invirtiendo, agotando (a veces paralizando) y empujando unos hacia otros. Este proceso ocurre en el espacio del “entre”.

⁶⁹ Pichon-Rivière nos enseñó que todo grupo familiar enfermo necesita que uno de sus miembros aprenda poco, es decir, que no aprenda de acuerdo con lo que la familia pretende que se aprenda. El paciente será el portavoz, el “intermediario”, el que informa de que algo está sucediendo en la red de comunicación de la familia. Generalmente se trata de un duelo no resuelto o de una situación traumática no mencionada.

¿Pero la transmisión es constitutiva del vínculo? Sabemos que se transmiten contenidos, pero también se transmiten contenedores; sobre todo, se transmite el acto mismo de transmitir, marcado por la cultura, como nos ha hecho ver Legendre (1985). En la problemática de la transmisión deben profundizarse, además de los aspectos familiares, los aspectos institucionales y culturales.

Una cuestión importante: ¿cómo se transforma la transmisión en el vínculo, a través de qué mecanismos? La transmisión psíquica implica también la idea de la existencia del vínculo social como soporte del hecho psíquico individual. Pero no debe pensarse que esta transmisión se da de manera puramente pasiva. Nunca hay ni transmisión ni recepción pasiva de un cuerpo extraño proveniente de una generación anterior. Se ponen en juego los grupos internos de los objetos de elección del sujeto, que contribuyen indirectamente a la constitución del grupo interno del propio sujeto.

Si la herencia psíquica es la garantía de la conservación de las adquisiciones y del potencial espiritual de la humanidad, transmite a los hijos la tarea de superar los problemas que han quedado pendientes en el inconsciente de sus padres y de sus antepasados. Pero los lazos complejos que nos conectan con las generaciones que nos precedieron también influyen en los vínculos con nuestros colaterales y nuestros allegados.

La literatura suele describir dos tipos de transmisión:

En la transmisión intersubjetiva existe un espacio de transcripción, una fisura que permite un espacio de transformación de los contenidos psíquicos de un individuo a otro, y en el que cada individuo es discriminado, es decir, subjetivado. La transmisión intersubjetiva implica procesos de transmisión de contenidos de un sujeto a otro con transcripción de esos contenidos psíquicos por parte de quien los recibe. Es decir, que con la transcripción se produce un proceso de metabolización de esos contenidos dentro del propio y particular sistema de representación. La transmisión intersubjetiva requiere producciones del preconscious, como el pensamiento lógico, el juego, el humor y las fantasías secundarias, como señala Eiguer (2001).

En cambio, cuando hay transmisión transubjetiva, hay ausencia de un espacio de transcripción, algunos contenidos psíquicos se enquistan como cuerpos extraños. Este tipo de transmisión implica el borramiento de los límites del sujeto y, por tanto, un estado de indiferenciación, podríamos decir de desubjetivación. No existen transmisiones de contenidos psíquicos singulares ni procesos de transcripción y metabolización de los contenidos psíquicos; se transmite lo indiferenciado (representaciones pictográficas según Piera Aulagnier, fantasías inconscientes originarias), por lo tanto, no hay historias que contar,

no hay narración. El prefijo trans indica aquello que ocurre a través de los sujetos, define continuidad e indiferenciación.

18. Vínculo indiscriminado y vínculo discriminado

Al inicio se mencionaba cómo encontrar la distancia óptima entre la experiencia del vínculo y su conceptualización. Cómo ir en contra del sentido común, cómo encontrar la posibilidad de ir en contra del sentido común.

Es necesario pensar que el vínculo es algo diferente del simple lazo manifiesto entre dos personas. Se trata de considerar que existen situaciones de no-vínculo, de no-relación. Hay relaciones que son no-relaciones, y aquí se abre la posibilidad de detenerse en el fenómeno de la simbiosis y de la indiscriminación.

La posibilidad de tomar distancia y de considerar que el vínculo no es solamente manifiesto permite conceptualizar otro tipo de situación de no-vínculo. Con esto no queremos decir que no haya vínculos, sino que la estructura de la relación entre esos sujetos tiene la particularidad de haber perdido la diferenciación. Cuando estamos inmersos en una situación de no-vínculo, significa que no hay discriminación entre las partes implicadas en esa situación. La representación corresponde a la imagen de un magma. A menudo tenemos una forma de pensar las cosas que nos impide pensarlas de otro modo. Cuando hablamos de vínculo, de indiscriminación, de situación simbiótica, el problema con el que nos encontramos es cómo describir lo que está en juego. Existen diversas teorías sobre este tipo de problemática.

Un tema central se convierte entonces en la relación entre vínculo indiscriminado y vínculo discriminado. Algunas teorizaciones sobre el vínculo hacen referencia a este nudo, pero no es claro cuál es la relación entre los dos momentos: si es evolutiva, o si ambos momentos permanecen co-presentes, y qué tipo de límite (clivaje) y cómo actúa entre ambas partes.

Para Bleger, el clivaje separa: es la separación que existe entre la parte psicótica de la personalidad y la parte neurótica de la personalidad, entre el yo y el no-yo, entre el mundo interno y el mundo externo, separación que puede ser estable, inestable, rígida, móvil o incompleta. Según las características y las vicisitudes del clivaje, será posible diagnosticar una serie de comportamientos normales o patológicos y deducir indicadores para el pronóstico y el tipo de terapia.

La inmovilización del vínculo indiscriminado es condición esencial para el desarrollo de la discriminación y del vínculo discriminado. La inmovilización se alcanza gracias a cierta fijeza o

seguridad del entorno externo y de las personas efectivamente significativas (depositarios confiables), que no son ni externas ni internas para el sujeto.

Los distintos grupos de pertenencia del sujeto en los que se desarrolla la experiencia cotidiana son sistemas de vínculos estables y normativizados, instituciones que operan como sostén del psiquismo, encuadre y escenario donde se depositan y controlan las formas más primitivas e indiferenciadas de la personalidad, nacidas en la organización grupal originaria. Este depósito permite que prevalezcan en el sujeto o en el grupo las formas de interacción más evolucionadas y complejas. El ámbito grupal es un espacio común de producción e intercambio donde suele predominar el orden simbólico sobre las ansiedades y fantasías primitivas. Esta es una de las formas posibles de la dialéctica entre grupo interno y grupo externo. Pero a su vez, la escena grupal convoca la actualización de sensaciones o imago corporales arcaicas, fantasías fusionales y de fragmentación, vivencias de fusión, de indiscriminación. Lo que había sido depositado en el vínculo como encuadre pasa a primer plano como parte del proceso. Observamos este dominio de lo primario al inicio de la constitución del vínculo, en momentos de crisis o en situaciones de alta intensidad emocional.

En estrecha relación con este punto, es necesario aclarar si los niveles de indiscriminación deben considerarse sólo como momentos patológicos o como momentos normales del vínculo. Este capítulo abriría la cuestión de repensar una psicopatología vincular.

Otro punto se referiría a la distinción entre narcisismo del vínculo y vínculo indiscriminado.

El primero alude a un modo de relación entre dos yo, en el cual no se reconoce al otro como diferente. Las cualidades ansiógenas están ligadas al hecho de que el otro no puede ser totalmente conocido ni asimilado al sí mismo. Janine Puget precisa: “Una defensa primitiva es la ilusión de que el otro, extraño y extranjero, pueda ofrecerse como complemento o gemelo, un doble. Todo lo que no responda a esa ilusión podrá ser renegado”⁷⁰.

El segundo hace referencia a “una relación que no es una relación”, constitutiva de la socialidad sincrética (Bleger). Se trata de una suerte de grupo o comunidad primitiva en la cual lo colectivo y lo social se sitúan como una masa informe, en la que la diferenciación representaría un esfuerzo por definirse y establecer otra forma de vínculo.

Antes de continuar, es importante aclarar que no estamos postulando un desarrollo puro y simple desde una posición de indiscriminación hacia una de discriminación, sino un continuo juego de ida y vuelta entre la socialidad sincrética y la socialidad por interacción, donde cada vez se puede intentar discriminar una pequeña porción de socialidad sincrética, un tipo de

⁷⁰ Puget J., “Vínculo-relación objetal en su significado instrumental y epistemológico”, en *Psicoanálisis APdeBA*, vol. XVIII, n. 2, 1993, p. 424.

organización que en todo caso nunca puede ser completamente agotada debido a la función de protección que garantiza a las partes más maduras de la personalidad.

Para Bleger (1989) hay una inversión de los términos en el desarrollo social. El individuo, cuando nace, no es una unidad cerrada que debe irse abriendo gradualmente, sino que en él hay desde el inicio un nexo confuso con el otro, en un sincretismo, en una falta de discriminación entre el yo y el no-yo.

No existe aún ni mundo interno ni mundo externo, sino un todo indiscriminado del cual deberá diferenciarse gradualmente, porque solo entonces se instaurará en el sujeto un mundo interno distinto del externo. Al principio no hay ni proyección ni introyección. Estas se volverán operativas solo después de que se haya establecido cierta discriminación dentro de la organización sincrética indiferenciada. El proceso que se instituye en un grupo no es el de una conexión progresiva entre los miembros, sino el de un distanciamiento y una individuación gradual respecto de esta estructura original sincrética. En otras palabras, no son los individuos quienes forman los grupos, sino los grupos los que forman a los individuos.

La dinámica fundamental se desarrolla a lo largo de dos líneas directrices:

- por un lado, hay una "lucha contra" el nivel sincrético para llegar a una individuación;
- por otro lado, los miembros del vínculo necesitan mantener parte de sus vínculos en ese nivel, porque en él se controla esencialmente la parte psicótica de la personalidad, ya que de lo contrario el yo correría el riesgo de disolución, dispersión, desorganización psicótica.

La organización sincrética sería tanto la precursora de las relaciones objetales como la guardiana de la parte más neurótica de la personalidad, y al mismo tiempo estaría al servicio del evitamiento de cualquier relación objetal, del predominio en la práctica de la parte psicótica de la personalidad. Se podría decir que, paradójicamente, la identidad por interacción es tributaria de la socialidad sincrética.

19. Vínculo y contexto institucional y social⁷¹

La idea del sujeto de la cultura ha sido tratada por la sociología, la antropología, la historia, la filosofía y es un desafío para el Psicoanálisis ofrecer nuevas hipótesis para incluir lo social, lo transobjetivo como lo llama Janine Puget, en el corpus teórico y especialmente en la práctica clínica.

⁷¹ Para profundizar en este tema les remito a mi trabajo "El vínculo intersubjetivo entre Psicoanálisis, Filosofía y contexto sociocultural" presentado en el IV Congreso Internacional de la AIPPF (Buenos Aires 28-31 julio 2010).

Una concepción de la subjetividad *intra, inter y trans* subjetiva (Teoría de los Ámbitos) implica sostener que la especificidad de cada sujeto se configura a través de interacciones con otros, en presencias recíprocas que se alternan con ausencias, en un determinado contexto institucional, geográfico y social, de modo que el sujeto es al mismo tiempo productor y producto de subjetividad, efecto y causa intersubjetiva.

Un tema importante es la relación entre el espacio grupal o familiar y el contexto institucional y/o social. Si hasta hace unos años se pensaba que el contexto producía un efecto de influencia sobre los movimientos del grupo familiar, ahora nos vemos llevados a hipotetizar que el contexto es el texto de la familia o del grupo mismo, en el sentido de que no hay una realidad externa que produzca mayores o menores efectos de influencia sobre la historia de un grupo, sino que esta realidad es parte del texto grupal en sus diversas modalidades y por ello fundamento de todo grupo familiar. El término texto se utiliza para indicar las formas específicas que un grupo construye, formas que, a su vez, producen múltiples significados. En esta multiplicidad de sentidos se organizan constantemente cruces entre las producciones simbólico-imaginarias grupales y el imaginario institucional y social. Se trata de deconstruir el interior y el exterior del grupo como entidades substanciadas y pensadas como pares de opuestos (escindidos). En cualquier caso, distinguimos dos niveles de análisis:

- la problematización teórica de tales modalidades antinómicas y
- las experiencias "interiores-exteriores" de los miembros de un grupo.

Es necesario abandonar la tesis clásica que opone el individuo a la sociedad; el individuo es el nombre de un tipo de sociedad, de una modalidad de vínculo social.

¿No deberíamos introducir una metapsicología de la influencia de los contextos sociales y culturales cambiantes? Si no podemos anticiparnos, ¿cómo podremos acompañar los cambios sociales?

¿Cómo podemos revisar las configuraciones vinculares frente a las transformaciones sociales? Lo que a veces ocurre es que los cambios sociales, los nuevos, no producen necesariamente nuevas formas vinculares, sino que a menudo reaparecen configuraciones anteriores, arcaicas, antes de que puedan presentarse nuevos modos de vinculación (la "espiral dialéctica" de Pichon-Rivière).

Como consecuencia del incremento de los procesos institucionales y sociales que condicionan y determinan los vínculos, se producen regresiones en los funcionamientos intrasubjetivos, intersubjetivos y de roles que determinan dificultades en la posibilidad de diferenciación, discriminación y pensamiento dentro del propio vínculo.

20. Lo nuevo en el vínculo

La mayoría de los escritos psicoanalíticos son desarrollos que parten de la idea de que la vida psíquica se concibe como una larga elaboración y diversificación de conflictos previos reactivados por situaciones actuales y el aprender de la experiencia es una herramienta válida para lograr este objetivo. La relación analítica es concebida principalmente como el espacio de recuperación de sentidos y nuevos significados que conducen a la reorganización del mundo interno. En la década de 1960, a partir de su trabajo con pacientes psicóticos y borderline, algunos analistas señalaron que en la transferencia no siempre hay una reaparición temporal, sino que, a veces, hay un sentimiento de descubrimiento, la aparición por primera vez de nuevas formas de estar juntos, una continuación de la primera relación con la madre (origen) que ha encontrado obstáculos y que retoma su camino interrumpido en el análisis. Bion da un paso adelante cuando, con el concepto de “transformación”, propone la idea de la producción de nuevas ideas y sus vicisitudes.

El punto de partida del vínculo, en el encuentro con el otro, puede constituirse o no a partir de un origen y a veces puede constituir algo nuevo. La historia de la infancia no es el único origen que los sujetos traen al vínculo, siempre hay algo en él que es originario en ese momento. La subjetividad del otro (y no del otro como objeto) como condición necesaria trae consigo problemas de otro orden porque introduce elementos nuevos que surgen del propio vínculo.

A partir de la noción de vínculo, parecía más apropiada una concepción de un inconsciente abierto a nuevas inscripciones, un inconsciente que no se cierra en la represión de la sexualidad infantil.

En comparación con la repetición de experiencias pasadas, la presencia del objeto como otro establece un obstáculo, un alto a la imagen anticipada que entra en juego (lo que habitualmente llamamos relación de objeto) a partir del intento de re-encuentro con un objeto del pasado. La presencia del otro crea una ausencia porque no coincide con la anticipación que se hace en el intento de crear un continuum con el pasado. Y ese tipo de ausencia necesita ser tolerada para permitir que se cree una brecha entre el pasado y el presente que es lo que nos permite no repetir, sino pensar y simbolizar. Para que haya un efecto de encuentro (la novedad del vínculo) el otro debe poder existir como otro en el presente.

Un aspecto importante es la experiencia del terapeuta cuando piensa, dice y siente como miembro de un vínculo y cuando piensa, dice y siente como objeto de transferencia-contratransferencia de la relación objetal clásica. Para el vínculo, su presencia real es siempre un obstáculo a la fantasía de autosuficiencia de la construcción mental del paciente. Hablar no significa necesariamente ser escuchado, y ser escuchado conlleva el peligro de perder no

sólo la ilusión de autosuficiencia, sino también de enfrentarse a lo desconocido de la subjetividad del otro.

Sólo un uso cuidadoso y una amplia reflexión sobre el encuadre pueden ayudar a sacar provecho de esta situación.

21. Vínculo y encuadre

Como decíamos al principio, los límites entre nuestra disciplina y el sentido común a veces son muy fluidos. Las formaciones inconscientes aparecen diariamente en nuestras relaciones personales y por ello se ha hecho necesario dar un salto para estructurar un lugar donde se puedan estudiar, interpretar y observar sus transformaciones, es decir, establecer los parámetros dentro de los cuales estudiar los vínculos. Surge así la construcción de un setting o encuadre para establecer la sesión como una situación cuasi-experimental, diría Bleger. El setting es un recurso técnico para la práctica psicológica, establece un espacio-tiempo para la observación y posibilita la lectura histórica de las relaciones del sujeto. La entrevista, la sesión, como momentos de investigación del vínculo, pueden realizarse si el setting ha sido claramente establecido.

Reflexionar sobre el setting no significa sólo tomar en consideración los aspectos formales del encuadre, significa también considerar una postura técnico-metodológica que contenga una concepción del mecanismo de discriminación en el que se encuentra comprometida la relación terapéutica; El setting también será un depósito transitorio de la parte indiscriminada de la personalidad que habrá que elaborar pacientemente en esta relación. “Colgar” las partes psicóticas de la personalidad en el setting significa también, como señala Bleger, tener la posibilidad de mostrar partes clivadas.

En Simbiosis y ambigüedad Bleger distingue en la situación psicoanalítica una parte procesal y una parte que permanece inmovilizada y permite que el proceso se desarrolle, a la que llama "encuadre". El tratamiento va tomando forma gradualmente a través del proceso. Pero para que un proceso tenga lugar, debe haber algo constante en la estructura en que pueda apoyarse, el “encuadre”. En italiano, “encuadre” se ha traducido con el término setting. En realidad, encuadre y setting no son sinónimos ya que el encuadre remite a un dispositivo (espacio, tiempo, medios puestos a disposición) y el encuadre es también el conjunto de reglas que precisan el estatuto del terapeuta y del paciente: roles y tareas).

A través del encuadre delimitamos el vínculo que se establece en la entrevista respecto a otros tipos de vínculos. Es decir, se convierte en el lugar de encuentro de diferentes fantasías de encuentro.

Althusser había subrayado que el conocimiento de un objeto depende del modo en el que éste es recortado. El encuadre limita el proceso y le otorga un significado particular. Desde este punto de vista los diferentes elementos del encuadre son considerados como factores organizadores del propio campo. El setting traza una línea imaginaria entre un adentro y un afuera, a través de la institución de un tiempo, un espacio, roles específicos y una tarea, de modo que se empieza, por ejemplo, a pensar en la existencia de un doble tiempo y un doble espacio, uno externo al encuadre y otro interno a él.

Establecer un encuadre promueve entonces la percepción de que el contexto del vínculo no es estático, fijo, sino dinámico, sujeto a una verificación constante.

Nos centraremos en identificar momentos de estabilidad y momentos de transformación del propio contexto, es decir en la individuación de un proceso. Por el encuadre, la imagen es el fondo de una Gestalt. La figura está representada en cambio por el proceso.

Dicho de otra manera: poner un encuadre significa diseñar una situación artificial a través de la cual ocurrirá el proceso. Cuando encuadramos, lo que hacemos es definir los vectores de espacio, tiempo, tareas y roles, es decir, las reglas de operación para esa situación particular.

Repitémoslo: establecer el setting significa definir tiempo, espacio, roles o funciones y tarea, es decir, definir las condiciones para iniciar una relación terapéutica. Esto quiere decir que se le dice a la persona que nos reunimos en un lugar específico, durante un tiempo específico, con una tarea específica y que hay dos roles o funciones: el del terapeuta y el del paciente. Hay dos roles, porque hay dos tareas; el paciente trabajará sobre su tarea, el motivo de su petición de ayuda y sus conflictos. El terapeuta trabajará la relación del paciente con la tarea (su tratamiento). Las dos funciones deben estar claras desde el principio. Sin embargo, siempre ocurrirá que el paciente se pregunte por qué el terapeuta guarda silencio, por qué no dice determinadas cosas, por qué no encuentra la solución a su problema.

Pero centrarse en el setting no significa sólo tener en cuenta los aspectos formales y externos, significa sobre todo interiorizar una actitud técnica metodológica (lo que se llama setting interno) que abarca una teoría de los mecanismos de discriminación entre el interno y el externo, entre uno mismo y el otro, entre el pasado y el presente.

La cuestión del encuadre sería la posibilidad de que el terapeuta se observe a sí mismo, su propia conducta, lo que hace con el paciente. Cómo el terapeuta siente, evalúa y piensa sobre su propia conducta. ¿Cuáles son los sentimientos que pueden o no surgir de ese

vínculo? Esta disposición empuja también al paciente a situarse, a historizar, a discriminar entre un dentro y un fuera, un antes y un después, un pasado, un presente y un futuro.

Bibliografía

- Althusser L., *Leggere il Capitale*, Mimesis, Milano, 2006
- Althusser L., *Freud e Lacan*, Ed. Riuniti, Roma, 1985
- Aulagnier P., *La violenza dell'interpretazione*, Borla, Roma, 1994
- Bachelard G., *La formazione dello spirito scientifico*, R. Cortina, Milano, 1995
- Balello L., "Noción grupal de vínculo y objeto teórico," lavoro presentato al 4° Congreso internacional de psicoanálisis de pareja y familia, Buenos Aires, 28-31 luglio, 2010, in *Area 3*, www.area3.org.es n.14, 2011
- Baranger W. y otros, *Artesanías psicoanalíticas*, Ed Kargierman, Buenos Aires, 1994
- Bauleo A., "La relazione in psicoterapia", in a cura di Fischetti R. e Milano F., *Lo psicoterapeuta e i suoi sistemi di riferimento impliciti ed espliciti*, Pagus, Treviso, 1993
- Bauleo A., *Psicoanalisi e gruppalità*, Borla, Roma, 2000
- Benjamin J., *Soggetti d'amore*, R. Cortina, Milano, 2004
- Benjamin J., Vedi: "Beyond the duality agent-patient" in *The Psychoanalytic Quarterly*, 73, n.1, 2004
- Berenstein I., "El vínculo y el otro", in *Revista de psicoanálisis*, LVII, 3-4, 2000
- Berenstein I., "Psicoanálisis de familia y pareja", in *Psicoanálisis ApdeBA*, v. XVII, n.2, 1995
- Bernard C., "Vínculo y relación de objeto", *Revista Psicoanálisis e Intersubjetividad*, n.1, 2006
- Bion W., *Apprendere dall'esperienza*, Armando, Roma, 1971
- Bleger J., "Sobre los instintos", en *Revista de psicoanálisis*, v. XIII, n. 4, 1956
- Bleger J., *Simbiosi e ambiguità*, Lauretana, Loreto, 1993
- Bowlby J., *L'attaccamento alla madre*, Boringhieri, Torino, 1972
- Brusset B., « Metapsychologie des liens et troisieme topique », en *Revue française de Psychanalyse*, n. 5, 2006
- Buber M., "Io e Tu", en *Il principio dialogico*, Ed. Comunità, Milano, 1958
- Deleuze G., *Divenire molteplice*, Ombre corte, Verona, 1996
- Deleuze G., *Critica e clinica*, R. Cortina, Milano, 2001
- Eiguer A., "Las paradojas de la noción de objeto", en *Clínica y Análisis Grupal* n. 54, anno XIV, 1990
- Fairbairn W. D. R., *Studi psicoanalitici della personalità*, Boringhieri, Torino, 1970
- Fenichel O., *Trattato di Psicoanalisi delle nevrosi e delle psicosi*, Astrolabio, Roma, 1961
- Fischetti R., "La nozione di emergente nella concezione operativa di gruppo", in AA. VV. *Modelli psicologici e Psicoterapia*, Bulzoni, Roma, 1986
- Fischetti R., "Gruppalidad y socialidad sincrética", en *Área 3* www.area3.org.es n.6, 1998
- Fischetti R., "Gruppo familiare ed equipe" en *Itaca*, numero speciale, 2006
- Fischetti R., "El vínculo intersubjetivo entre Psicoanálisis, Filosofía y contexto sociocultural", 2010, in *Área 3*, www.area3.org.es n.14, 2011.
- Freud S., "Tre saggi sulla teorie sessuali", in *Opere*, v. 4°. Boringhieri, Torino, 1977
- Freud S., "La scissione dell'Io nel processo di difesa", in *Opere* v. 11°, Boringhieri, Torino, 1977
- Foucault M., *Scritti letterari*, Feltrinelli, Milano, 1984
- Gill M., *Psicoanalisi in transizione*, R. Cortina, Milano, 1996
- Green A., Two discussions of "The inner experiences of the analyst and a response from Theodore Jacobs" en *Int.Journal Psycho-anal.*, 74, 1993
- Green A., *Propedeutica. Metapsicologia rivisitata*, Borla, Roma, 2000
- Habermas J., *La condizione intersoggettiva*, Laterza, Bari, 2007
- Hegel G. W. F., *Fenomenologia dello Spirito*, La Nuova Italia, Firenze 1973
- Husserl E., *Meditazione cartesiana e discorsi parigini*, Bompiani, Milano, 1960
- Husserl E., *La crisi delle scienze europee e la fenomenologia trascendentale*, Il Saggiatore, Milano 1968
- Laplanche J. e Pontalis J-B., *Enciclopedia della Psicoanalisi*, Laterza, Bari, 1968
- Legendre P., *Lecons IV, L'irrésistible objet de la transmission*, Fayard, Paris, 1985
- Lévinas E., *Totalità e infinito*, Jaka Book, Milano, 1980

- Käs R., "La categoria de intermediario y la articulación psico-social", in *Revista de Psicología e Psicoterapia de Grupo*, tomo VII, n.1, 1984.
- Kaes R., *Le teorie psicoanalitiche del gruppo*, Borla, Roma, 1999
- Käs R., Il concetto di legame, en *Ricerche Psicoanalitiche*, XII, 2, 2001
- Kaes R., "Per una terza topica dell'intersoggettività e dell'individuo all'interno dello spazio psichico comune e condiviso", en *Funzione gamma*, n. 21, 2008, www.funzionegamma.edu/italiano
- Käs R., *Singolare plurale*, Borla, Roma, 2009
- Klein M., *Scritti*, Boringhieri, Torino, 1978
- Malher M. S., *Le Psicosi infantili*, Boringhieri, Torino, 1972
- Mead H., *Mente, Sé e Società*, Giunti Barbera, Firenze, 1972
- Merleau-Ponty M., *La struttura del comportamento*, Bompiani, Milano, 1963
- Merleau-Ponty M., *Fenomenologia della percezione*, Bompiani, Milano, 2003
- Merleau-Ponty M., *Il visibile e l'invisibile*, Bompiani, Milano, 1993
- Merleau-Ponty M., *L'occhio e lo spirito*, SE, Milano, 1989
- Mitchell S., *Gli orientamenti relazionali in psicoanalisi*, Bollati Boringhieri, Torino, 1993
- Napolitani D., *Individualità e gruppaltà*, Boringhieri, Torino, 1987
- Nicolis, G. e Prigogine, I., *La Complessità. Esplorazioni nei nuovi campi della scienza*. Einaudi, Torino, 1991.
- Ogden T., *La identificazione proiettiva e la tecnica psicoterapeutica*, Astrolabio, Roma 1994
- Ogden T., *Soggetti nell'analisi*, Masson, Milano 1999
- Pichon-Rivière E., *Teoría del vínculo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985
- Pichon-Rivière E., *El proceso creador*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977
- Pichon-Rivière E., "Vínculo, Lezione alla Prima Scuola Privata di Psicologia Sociale", 27-5-1975
- Pichon-Rivière E., *Il processo gruppale*, Lauretana, Loreto, 1985
- Puget J., "Vínculo-relación objetal en su significado instrumental y epistemológico", en *Psicoanálisis ApdeBA*, vol. XVIII, n. 2, 1993
- Puget J., *Costruzione di un proprio posto, un lavoro senza fine, in fattori terapeutici nei gruppi e nelle istituzioni n.2*, Borla, Roma, 1995
- Sartre J. P., *Merleau-Ponty*, R. Cortina, Milano, 1999
- Searles H., *L'ambiente non umano*, Einaudi, Torino, 2004
- Searles H., *Scritti sulla schizofrenia*, Boringhieri, Torino, 1974
- Spinoza B., *Etica*, Ed. Tea, Milano, 1991
- Spitz R., "Discussion of Dr. Bowlby paper", en *Psychoanalytic Study of the Child*, 15, 1960
- Storolow R. - Atwood G. - Brandshaft B., *La prospettiva intersoggettiva*, Borla, Roma, 1994
- Storolow R. e Atwood G., *I contesti dell'essere*, Bollati Boringhieri, Torino, 1995
- Winnicott D., *Sviluppo affettivo e ambiente*, Armando, Roma, 1970